

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

UNA BALA DE PLATA PURA

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

423 — Llegada de un tren, *Curtis Garland*.
424 — Alucinaciones, *Lou Carrigan*.
425 — Alguien pintó el mal, *Ralph Barby*.
426 — La mansión de las serpientes, *Ada Coretti*.
427 — Una oración por Abigail, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

UNA BALA OE PLATA PURA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 428
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 8.899 - 1981
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: mayo, 1981

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1981

CAPITULO PRIMERO

El hombre miró con fijeza a su bella visitante. Era alto, más de metro ochenta y cinco, delgado, de pelo intensamente negro y ojos que parecían taladrar cuanto miraban. En aquellos momentos, vestía un batín corto, de color rojo vino, con pañuelo de seda blanca al cuello. En la mano izquierda sostenía un cigarro largo y delgado, del que se desprendían aromáticas volutas de humo.

Ella también era alta, aunque no tanto como el hombre. Sus cabellos intensamente rubios estaban recogidos en un gran moño que los mantenía tirantes, a la vez que partidos en dos mitades. La figura era delicada en su inigualable esbeltez. Los ojos eran muy azules, pero la firmeza de su mirada desmentía muy pronto la primera impresión de dulzura que pudiera advertirse en un vistazo casual.

Tenía menos de veinticinco años. Vestía un chaquetón ligero, con un pullover de cuello alto y falda a cuadros escoceses. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un bolso de color rojo oscuro.

Se contemplaban en silencio. De pronto, ella habló:

—Sabes a qué he venido, supongo.

—Sí —los delgados labios de Justin van Sbräna se curvaron en una sonrisa llena de despectiva superioridad—. Pero no conseguirás nada.

—¿Está seguro?

—Si sabes «qué» soy, lo comprenderás en el acto.

—Lo sé perfectamente. Ella lo sabía también.

—Y, a pesar de todo, fue mía. Vino a mí, sabiéndolo. No hay, pues, ningún reproche que hacer.

—Era una niña. Ignoraba qué era la vida...

—Se lo dije. Lo supo con toda su consciencia. Y, aun así, insistió. ¿Qué podía hacer yo?

La joven cerró los ojos un instante. Medora Falkeyn vaciló un brevísimo momento. Pero el recuerdo de lo que había hecho durante la noche anterior volvió a darle fuerzas.

De nuevo se enfrentó con el hombre. Lentamente, metió la mano en el bolso y sacó un revólver.

Van Sbräna sonrió.

—Con eso no conseguirás nada —dijo, desdeñoso.

—Ahora lo veremos —respondió Medora.

Y apretó el gatillo.

La detonación sonó como un latigazo. Los ojos de Van Sbräna expresaron una inmensa sorpresa.

Medora sonreía.

—Era una bala de plata —dijo.

Entonces, las rodillas del hombre se doblaron. Mientras caía, su rostro se

transformó en una horrible máscara demoníaca. Soltó el cigarro y alargó las manos, como garras de una bestia maligna, pero ya no tenía fuerzas. Los ojos se le cerraron, emitió un espantoso ronquido y se desplomó al suelo, girando mientras concluía la caída. Y ya no se movió más.

Medora soltó el arma. Inspiró profundamente. Nada de lo que pudiera suceder ya le importaba en absoluto. Había hecho lo que debía, se dijo, mientras se acercaba al teléfono.

Levantó el auricular y movió el disco con el índice. Alguien contestó al otro lado de la línea y ella dijo:

—¿Policía? Acabo de matar a un hombre... No, no es ninguna broma. Vengan a comprobarlo en el número mil cuatrocientos dos de la Avenida del Bosque.

Colgó el aparato y fue hasta un sillón, en donde se sentó para esperar la llegada de la policía.

* * *

Un hombre de uniforme tomó unas cuantas placas del cadáver. Otro hablaba con la joven y tomaba nota de sus respuestas. Alguien llamó a la puerta.

Bart Gardiner, el corpulento jefe de policía de Green Oaks, fue a abrir. Sonrió al ver al hombre menudo y de aspecto más bien descuidado que llegaba con un maletín en la mano.

—Hola, «doc» —saludó Gardiner—. Le estábamos aguardando.

—Siento no haber podido venir antes —se disculpó el galeno—, El municipio no me paga tanto como forense, para que no tenga que buscarme un sobresueldo, trayendo idiotas al mundo. Bien, ¿qué ha pasado?

Gardiner señaló el cuerpo tendido en el suelo.

—Está muerto —dijo.

El doctor Melville Sorrell se sobresaltó.

—¡Demonios! Es Justin van Sbräna.

—Era, doctor. Aunque eso es usted quien debe confirmarlo.

—Sí, claro —los ojos de Sorrell se volvieron un instante hacia la joven que permanecía sentada en un sillón—, ¿Ella? —musitó.

—Sí, «doc».

—Increíble.

—Lo ha confesado. No hay dudas sobre el particular.

—Está bien. Voy a ver el cadáver.

Sorrell avanzó unos pasos y se arrodilló junto al cuerpo tendido en el suelo. Abrió el chaquetón y separó los botones de la camisa. En el centro del pecho podía verse el redondo agujerito por el que se había escapado la sangre de la víctima.

—Le dio de lleno en el corazón. No cabe duda, está tan muerto como mi abuela —dijo cínicamente—. De todos modos, luego redactaré un informe

oficial, apenas haya terminado la autopsia.

Medora contemplaba la escena de modo maquinal. De repente, vio algo que le hizo llevarse una mano a la boca. En el mismo instante, el doctor Sorrell emitió un gemido.

Gardiner se alarmó.

—Doctor, ¿qué le sucede?

Sorrell emitió un ruido ininteligible, que se transformó casi en el acto en un horrendo ronquido. Luego giró a su izquierda y cayó de espaldas al suelo.

Hubo unos momentos de confusión en la estancia. Uno de los policías, presintiendo lo que sucedía, corrió a su coche, donde tenía los elementos de primeros auxilios y volvió con un inhalador de oxígeno. Otro de los agentes daba masajes cardíacos al doctor.

Pero todo fue inútil. Minutos más tarde, el policía que había traído el oxígeno se levantó y miró a su jefe.

—Ya no hay nada que hacer —dijo.

Gardiner emitió una sonora maldición.

—Menudo jaleo —rezongó entre dientes.

* * *

Edson Davenport entró en el despacho y saludó desenvueltamente al hombre que se hallaba al otro lado de la monumental mesa. Henry Bridges, presidente y director de la firma Bridges, Bridges & Shannon, señaló una silla al recién llegado.

—Siéntate, Ed —dijo—. Tengo algo importante para ti. ¿Un cigarro?

—Gracias, Henry; prefiero un cigarrillo. ¿Alguna «patata caliente»? —preguntó Davenport sonriente.

Bridges sonrió también. En la firma de abogados que él presidía, se solía llamar «patatas calientes» a los asuntos de dificultades extremas.

—Has acertado —contestó—. Pero es más que caliente; está al rojo vivo. Te seré sincero; yo no aceptaría el caso por todo el oro del mundo. Y sólo porque el difunto fue siempre uno de nuestros mejores clientes, he accedido a que la firma se ocupe del asunto.

—O sea, tu rechazo es sólo personal.

—Exacto.

—Henry, me estás matando. ¿Por qué no lo sueltas de una vez?

—Un asesinato.

—Nada del otro mundo —dijo Davenport.

—Este sí. Es del «otro mundo».

—El asesino dio muerte a un fantasma, vamos.

—No. A un vampiro, según dice. Y no es asesino, sino asesina.

Davenport miró de reojo a su jefe.

—Vamos, Henry, no bromees. Vampiros, hoy... y en el país...

—Es lo que dice la homicida. Por eso te envío a ti a Green Oaks. Ed,

vamos a poner las cartas boca arriba. Si solucionas el caso favorablemente, podrás añadir tu nombre al membrete de la firma.

—Y si fallo, me espera una buena patada en el trasero.

—No, eso no..., pero irás como si fueses abogado independiente. Compréndelo; si tú estuvieras en mi puesto, también harías lo mismo. Ed, mi abuelo fundó la firma; mi padre continuó al frente... Está acreditada como pocas; no podemos arriesgarnos al descrédito en un caso semejante. Es cierto que hemos perdido pleitos, pero han sido asuntos normales, que la gente comprende sin dificultad y saben también que no somos infalibles. —Bridge meneó la cabeza—. Pero una chica que dice haber matado a un vampiro con una bala de plata...

Davenport saltó en su asiento.

—¡Absurdo! —exclamó.

—Bueno, por eso vas tú a Green Oaks. Pasado mañana se celebra la vista preliminar, para determinar si se formula una acusación en regla y, por tanto, se inicia el proceso según las normas legales.

—Henry, hay algo que no comprendo —dijo Davenport.

—¿De veras?

—Aunque me hayas traspasado el caso, ¿por qué lo has aceptado?

—Ella, es decir, la acusada, Medora Falkeyn, nos lo pidió telegráficamente, apenas fue arrestada. Su padre, Warren Monte Falkeyn, fue cliente de la firma desde que ganó su primer dólar, hace más de cuarenta años. Ya le atendió mi abuelo... conque no podía rechazar la petición de Medora.

—Ahora sí me lo explico —sonrió Davenport.

Bridges le entregó una gruesa carpeta.

—Es una síntesis de los asuntos de la familia Falkeyn. El padre murió hace dos años y dejó toda su fortuna a las dos hijas, Medora y Clarissa. Clarissa era la menor y murió hace pocas semanas, cuando no había cumplido aún los veinte años. Medora acaba de cumplir veinticuatro. Es una belleza, como la madre.

Bridges suspiró.

—Yo hubiera podido ser el padre de esas chicas tan encantadoras, pero ella prefirió a Falkeyn —añadió melancólicamente.

—No te lo tomes tan a pecho —rió Davenport. A pesar de la diferencia de edad, se trataban con mutua confianza—. Son las cosas de la vida.

—Sí, es cierto. Bien, Ed, ponte en marcha. Haz todo lo que puedas por Medora.

—¿Sabes si la ha examinado un psiquiatra? En estas circunstancias, parece lógico...

—Antes de dar ese paso, entérate a fondo del asunto, Ed.

—Sí, desde luego.

Davenport se puso en pie. Bridges le miró con envidia, desde su medio siglo de edad, contemplando admirado la atractiva figura del hombre que tenía veinte años menos, que parecía un atleta y que, si se hubiera dedicado al

cine, se habría convertido en una estrella en su primera película. Pelo negro, algo revuelto, rostro atezado, ojos marrón claro, sonrisa perfecta... El nunca había sido así, reconoció en su interior.

—Suerte, Ed —le deseó.

—Gracias, Henry.

CAPITULO II

El honorable Sefton Hermyn Williamson presidía la vista preliminar. El fiscal, Fred Collingswell se encargaba de la acusación. Davenport era el defensor.

Dado el carácter de la audiencia, no había jurado todavía. Sólo si se determinaba de un modo seguro que Medora había cometido el homicidio, se iniciaría un proceso regular, con todos los requisitos exigidos por la ley.

El jefe Gardiner estaba junto a la joven, a su izquierda. Davenport estaba a su derecha.

Junto al estrado, se hallaba el ujier. La sala aparecía repleta de público. Era un caso que había despertado un considerable interés, dada la personalidad de ¡os implicados.

El fiscal dijo que, en su opinión, no había duda alguna sobre los hechos que se estaban investigando en aquella sesión y que la acusada debía ser procesada.

—Ella misma lo ha confesado, Señoría. Mató a Justin van Sbräna y, dejando de lado el disparatado detalle de la bala de plata, el suceso tuvo un cariz indudablemente culpable, Por tanto, solicito de este tribunal la iniciación del proceso contra Medora Falkeyn.

El juez hizo un leve gesto con la cabeza.

—Perfectamente por ahora, señor fiscal. ¿Tiene algo más que añadir?

—Sí, Señoría. Disiento absolutamente de lo que declaró la acusada. No mató a Van Sbräna porque fuese un vampiro... —Collingswell soltó una risita perfectamente estudiada—. Vamos, esos seres sólo aparecen hoy día en las películas de terror...

—El fiscal se limitará exclusivamente a los hechos que son objeto de investigación —dijo Williamson severamente—. Explique por qué disiente de ¡as declaraciones de la acusada.

—Pido disculpas a su Señoría —contestó el acusador—. Medora Falkeyn mató a Van Sbräna por celos.

El juez arqueó las cejas.

—¿Está seguro el fiscal de lo que afirma?

—En efecto, Señoría. Van Sbräna y la acusada mantuvieron relaciones.

—¡No, no es cierto! —protestó Medora repentinamente—. Jamás existió el menor lazo afectivo entre aquel diabólico individuo y yo.

El mazo del juez golpeó la mesa varias veces.

—La acusada se mantendrá en silencio hasta que sea interrogada —decretó —. Si hay alguna objeción a las manifestaciones del fiscal, ya la hará su defensor.

—Por ahora, no hay objeción. Señoría —dijo Davenport.

—Gracias. Continúe, señor fiscal.

—Insisto en lo dicho antes —habló Collingswell—. La acusada disparó

contra la víctima por celos, porque Van Sbräna había comenzado relaciones amorosas con otra mujer.

Davenport se puso en pie.

—Con la venia del tribunal —dijo serenamente—. Observo que el acusador ha mencionado a otra mujer. Deseo que su nombre se exprese en este acto.

—No lo creo conveniente —farfulló Collingswell.

—Entonces, la defensa tampoco creerá en el argumento del homicidio por celos. Se necesita la declaración de la otra mujer, para corroborar la afirmación hecha por el fiscal.

—La petición del defensor es razonable. Señor fiscal, diga el nombre de la otra mujer.

Collingswell torció el gesto.

—Sí, Señoría. Se llama Beryl McBorough. Ella puede corroborar lo que he afirmado.

—Lo hará en su momento —decidió Williamson—. ¿Eso es todo, señor fiscal?

—Sí, Señoría.

Williamson movió una mano.

—El defensor tiene la palabra.

Davenport se levantó de nuevo.

—Gracias, Señoría —dijo—. Deseo hacer recalcar ante este tribunal dos puntos que considero de extrema importancia. Uno de ellos es la imputación que se hace a mi defendida sobre el homicidio cometido en la persona de Justin van Sbräna. Pero hay algo que se ha escapado a los perspicaces ojos del acusador público.

»Medora Falkeyn declaró haber matado a Van Sbräna. Sin embargo, nadie la vio cometer el crimen. Nadie la vio empuñando el arma homicida ni apretando el gatillo que disparó el proyectil mortífero. Sólo cuando la policía llegó al lugar de los hechos, la encontraron allí, sentada a pocos pasos del cadáver, en una actitud que, según mis informes, era más bien la de una persona bajo los efectos de un fuerte "shock" psíquico. Y, sí, admitió haber disparado contra la víctima..., pero no es lo mismo haberlo hecho incontestablemente. ¿Y si se culpa a sí misma para salvar a otra persona de la pena adecuada al homicidio?

Hubo rumores en la sala. El juez restableció el silencio.

—Unos argumentos interesantes, pero de escasa consistencia —calificó.

—Ruego a su Señoría no me tome por un leguleyo pedante y resabiado, pero en todo delito se necesita algo más que la palabra del supuesto autor 'para considerarle culpable de dicho delito. Es decir, se necesitan testigos y, en este caso, no los hubo. Cuando la policía llegó a la residencia de Van Sbräna, todo estaba consumado.

Collingswell se levantó.

—La acusada admitió que el revólver era de su propiedad. Es una prueba

difícilmente refutable —tronó.

—El año pasado se produjo en San Francisco un asesinato por arma de fuego. La víctima murió a consecuencia de una pistola propiedad de un individuo que residía en Nueva York y que estaba allí en el momento del disparo. Sin la pistola, claro.

Hubo risas y bromas. Collingswell enrojeció.

—El defensor sugiere que alguien robó el revólver a la acusada.

—O tal vez ella se lo prestó; pudiera haber ocurrido así. Luego, para proteger a esa persona, se autoacusó de un crimen que no. había cometido.

—No hay testigos, es cierto —admitió el juez—. Pero, a pesar de todo, las evidencias contra la acusada son de mucho peso, señor defensor,

—Lo sé, Señoría. Sin embargo, aún falta el segundo detalle que cité al comienzo de mi intervención. Falta el cuerpo del delito.

—El revólver está ahí —tronó Collingswell, a la vez que señalaba con un tenso índice—. ¿Qué otra prueba quiere?

—La bala disparada por ese revólver —contestó Davenport apaciblemente.

El fiscal se quedó pasmado. Williamson movió la cabeza repetidas veces.

—El defensor tiene toda la razón del mundo —aprobó—. ¿Dónde está el proyectil que hirió de muerte a la víctima?

Collingswell se desconcertó. Su mirada se dirigió suplicante hacia el jefe de policía.

—Quizá... el jefe Gardiner pueda explicarnos...

Gardiner enrojeció, a la vez que se ponía en pie.

—No se sacó el proyectil del cuerpo de la víctima —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Davenport.

Parecía que la cara de Gardiner estuviese pintada del color de los tomates maduros.

—Bueno... todos saben lo que sucedió cuando llegó el pobre doctor Sorrell. Se arrodilló junto a la víctima, examinó su pecho..., dijo que estaba muerto e, inmediatamente, cayó muerto él también. Naturalmente, todos sabíamos que Van Sbräna estaba muerto; bastaba con mirar su cuerpo... Lo había afirmado el forense y ya era un requisito legal cumplimentado. Por eso no se hizo autopsia, señor juez.

—A eso le llamo yo negligencia en el cumplimiento del deber —dijo Williamson con acento de reproche—. Si el doctor Sorrell estaba muerto, quedaban más médicos en Green Oaks a quienes recurrir para ese trámite inexcusable que es la autopsia.

—Sí, señorita —contestó Gardiner, muy abatido—. Pero, en aquellos momentos, había tanta confusión... Puesto que ya sabíamos la causa de la muerte de Van Sbräna, no había otro motivo para retrasar su entierro... Además, nos lo pidió una persona...

—¿Quién? —preguntó el defensor.

—Beryl McBorough, señor.

Medora se atiesó en su sitio. Davenport no dejó de captar el detalle.

Luego se volvió hacia el juez.

—Señoría, como defensor de la inculpada en este caso, solicito la exhumación del cuerpo de la víctima, para que se proceda a la autopsia en regia, que dé como resultado la extracción del proyectil fatal para su posterior comprobación balística.

—La petición es muy razonable —accedió Williamson. Consultó su reloj y dijo—: Se suspende la vista por el momento, hasta que dispongamos de nuevos elementos de juicio. El jefe de policía ordenará lo más conveniente para que antes de mañana se realice la exhumación del cadáver de Justin van Sbräna. ¡Se levanta la sesión!

Todo el mundo se puso en pie. El juez se disponía ya a salir, pero, de pronto, se volvió hacia la sala.

—Ah, por el momento, y sin perder de vista su condición de persona que afirma haber tomado parte en los hechos que se han investigado, la inculpada queda provisionalmente en libertad, bajo el cuidado y la responsabilidad de su defensor. Eso es todo por ahora.

Davenport sonrió.

—Gracias, Señoría —miró a la joven—, ¿Me permite que la invite a cenar en alguna parte, señorita Falkeyn?

Medora asintió.

—Siempre que sea un lugar discreto, lejos de las miradas de los curiosos —aceptó.

Davenport tendió la mano.

—Usted conoce Green Oaks mucho mejor que yo —contestó.

* * *

El sorbo de vino devolvió los colores a las pálidas mejillas de la joven.

—Nadie quiere creerme —dijo desanimadamente—. Van Sbräna era un vampiro. Por eso le maté y no por celos de Beryl McBorough.

—Con una bala de plata —sonrió Davenport—. ¿La fundió usted?

—Sí. Había en casa materiales para fundir proyectiles. Mi padre fue un gran aficionado a la caza. Muchas veces, se fabricaba él mismo los perdigones. Yo tomé moldes de las balas corrientes, fundí unas monedas antiguas y sustituí los proyectiles ordinarios por los que había hecho.

Dice que lo mató por vengar a su hermana Clarissa.

Los ojos de Medora se humedecieron.

—Era una chica maravillosa, aunque algo crédula. Van Sbräna la vampirizó, así, en el sentido más literal de la palabra. Murió exangüe, con las venas vacías y, aun así, todavía enloquecida por ese ser infernal, surgido de los abismos...

Crispó sus manos, terriblemente alterada. Davenport le ofreció de nuevo la copa.

—Siga hablando —solicitó—. No me oculte nada. Ya ve que, casi sin

esfuerzo, he conseguido que salga de la cárcel. Aun admitiendo que matase a Van Sbräna, existen circunstancias que pueden permitir una condena mucho más leve o, incluso, la absolución. ¿Está segura de que él mató a Clarissa?

No creía que se tratase de un caso, de vampirismo, pero Medora podía estar obsesionada por el tema y haberlo creído sinceramente. Podía ser un tanto a su favor, se dijo.

—Sí, lo mató. Pero eso no es todo —dijo la joven, terriblemente alterada —. Un vampiro no muere nunca. Se convierte en un ser no-vivo. Duerme en su ataúd durante el día y sale de noche en busca de sangre que le permita seguir viviendo. Clarissa iba a convertirse en uno de esos horribles seres. Yo lo evité.

—¿Cómo, Medora?

Ella inspiró profundamente.

—No lo he dicho a nadie aún. Fui una noche al camposanto, abrí su féretro y clavé la estaca de madera en su corazón.

Davenport se estremeció. Ahora ya no le cabía la menor duda. Aquella pobre joven estaba loca. «De remate», pensó. Nadie, en su sano juicio, y menos en el siglo XX, cometería una acción semejante.

—¿Lo sabe alguien? —preguntó, cuando se hubo rehecho de la impresión.

—No, claro que no. Pero sé que Clarissa me lo agradeció desde lo más profundo de su ser. Hacía semanas que estaba enterrada y su cuerpo aparecía fresco, con los miembros flexibles; los labios llenos de vida. Gritó y chilló al sentir que la estaca se clavaba en su corazón, pero luego la vi que descansaba definitivamente. Y entonces fue cuando decidí fundir las balas de plata.

—¿Cómo se enteró usted de que Clarissa había sido vampirizada?

—Me escribió ella. Tengo varias cartas en casa. Amaba a. Van Sbräna, pero al mismo tiempo, lo detestaba. Quería escapar a su influjo porque sabía que podía causarle la muerte, pero le resultaba imposible.

—Varias cartas... —repitió él pensativamente—, ¿Por qué no acudió cuando le escribió la primera?

Medora bajó la vista.

—Yo estaba en Europa... con un hombre —murmuró.

—¿Su esposo?

Ella hizo un gesto negativo.

—También yo soy un poco crédula. Hasta que me encontré sin dinero y sin joyas, no supe que él sólo quería obtener un buen beneficio económico. Clarissa me escribía a mi residencia de Nueva York y sólo fue al volver cuando me enteré de su situación.

—Está bien, no se haga reproches. Usted creyó en el amor de un hombre, que luego resultó ser un sinvergüenza. No es la primera, desde luego, pero si ha superado ese pequeño trauma...

—Por completo —aseguró Medora.

—Lo celebro. Ahora, por favor, hábleme de Beryl McBorough. Presiento que es un personaje de gran interés en el caso, aunque, a! parecer, no se halla

directamente implicada. ¿Quién es? ¿Qué hace?

—Vive en una villa situada al norte, llamada Los Alerces. Es una mujer solitaria, un tanto retraída, no sé por qué..., aunque muy hermosa, es preciso admitirlo. Y no creo que tenga más allá de veintisiete años, es decir, dos o tres menos que yo. Se la ve muy poco por Green Oaks... y no sé de qué vive ni cuáles son sus medios económicos. Los Alerces es una villa muy antigua, rodeada por un extenso parque. Un sitio bastante bonito, es preciso admitirlo.

—¿La ha visto después de lo ocurrido?

—No, ni antes tampoco. Hace un par de años que cruzamos las últimas palabras.

Fueron un simple saludo de cortesía.

—Entendido. Quizá yo vaya a Los Alerces para hablar con la dueña. Pero antes...

Davenport consultó su reloj.

—Antes tenemos que ir al cementerio —añadió.

—Estoy dispuesta —replicó Medora.

La conversación se había alargado extraordinariamente después del almuerzo, iniciado con bastante retraso, tanto, que ya empezaba a anochecer cuando salían del restaurante.

Al abrir la portezuela de su coche, para que Medora entrase en él, Davenport levantó la vista al cielo, en donde se movían unas nubes oscuras, henchidas, amenazadoras. Presagiaban tormenta, se dijo.

CAPITULO III

Sobre la losa que cubría la sepultura, se había montado una cabria con tres recios maderos, de cuya parte superior pendía una garrucha con un mecanismo multiplicador de la potencia. Davenport se dijo que, al menos en esta ocasión. Gardiner había sabido hacer bien las cosas.

Tal vez para compensar el fallo que había tenido al no hacer extraer la bala de plata.

El juez y el fiscal eran también testigos de la operación. Había asimismo bastantes curiosos, a los que tenía a raya los ayudantes del Gardiner. En el ambiente, iluminado por varios focos de gran potencia, cuyos haces luminosos convergían sobre la tumba, flotaba una intensa humedad.

Cuatro fuertes ganchos unidos a sendas cadenas de acero levantaron poco a poco la pesada losa que cubría la sepultura. Reinaba un profundo silencio entre todos los asistentes al acto.

En el mecanismo de izado se oyó de pronto un chasquido. Los espectadores contuvieron el aliento, temerosos de la ruptura del artefacto y la consiguiente caída de la losa. Pero las cadenas resistieron y la enorme piedra, de forma rectangular y casi veinte centímetros de grosor, continuó subiendo, hasta dejar el espacio suficiente para permitir ver lo que había en el hueco abierto en la tierra.

El féretro quedó al descubierto. Era de madera oscura, muy decorada con molduras y en los costados tenía cuatro enormes asas de metal dorado, asimismo muy elaboradas. Las presillas que sujetaban la tapa a juego con las asa1

En la cubierta del ataúd se leía una inscripción en letras de oro:

JUSTIN, BARON VAN SBRÄNA

Davenport arqueó las cejas.

—No sabía que tuviese título nobiliario —observó.

—El se lo atribuía —contestó Medora, extrañamente impasible—. Nadie supo jamás si poseía títulos suficientes para usarlo con toda legitimidad. Aunque, a fin de cuentas, ¿importa mucho?

—Siempre es la persona lo que importa y no sus títulos —dijo él sentenciosamente.

Cuatro hombres, dos de ellos ayudantes de Gardiner, saltaron al interior de la tumba y alzaron el féretro hasta el nivel del suelo. Gardiner, aprensivo, se acercó a la adornada caja de madera.

—Abra, jefe —ordenó Williamson.

Un operario movió el foco del que cuidaba, a fin de iluminar mejor el ataúd. Arrodillado, Gardiner soltó las presillas sucesivamente y luego alzó la tapa.

Un agudo grito brotó de los labios de los espectadores más cercanos.

—¡Está vacío! —fue la frase que todos pronunciaron al unísono.

Atraído por una invencible curiosidad, Davenport se adelantó unos cuantos pasos y se inclinó sobre el blanco interior del féretro. Si había habido en su interior el cuerpo de una persona, ahora no quedaba el menor rastro.

¿O sí?

¿Qué era aquel objeto que brillaba junto a uno de los pliegues del acolchado de raso blanco?

Alargó la mano y, sujetándolo con dos dedos, lo levantó a la altura de sus ojos.. Williamson y Collingswell se le acercaron, devorados por la curiosidad.

—Van Sbräna no está —dijo el joven—, pero yo juraría que ésta es una bala de plata. Puede que, incluso, sea la que dicen que fue disparada por el revólver de Medora Falkeyn.

—¡Gardiner! —Llamó el juez—. Hágase cargo de ese proyectil y que se realice lo antes posible la comparación balística. En cuanto al féretro, lléveselo a su oficina y custódielo allí hasta nueva orden.

—Bien, señor —contestó el jefe de policía.

Davenport le entregó el proyectil.

—No lo pierda —recomendó.

—Descuide —gruñó Gardiner.

Reinaba una enorme expectación entre los curiosos que habían acudido al cementerio en número superior a los dos centenares. Ninguno de los que ocupaban las últimas filas se dio cuenta de la aproximación de aquella silueta negra, que se confundía totalmente con las sombras del lugar.

La silueta se acercó a los curiosos, justo en el instante en que alguien gritaba que el féretro estaba vacío. Todos los curiosos dieron un paso hacia adelante, excepto uno de ellos, al que se lo impidieron unos dedos que parecían de acero y que le sujetaron por la garganta y la boca, para evitar que se lanzase el menor grito.

Los murmullos impidieron escuchar los leves ruidos que hicieron el atacante y el atacado. Sin que nadie lo advirtiera, el atacante, que parecía dotado de una fuerza sobrehumana, arrastró a su víctima hasta el más alejado rincón del camposanto, situándose al otro lado de un historiado mausoleo de granito que le ocultaba a las vistas de un posible observador.

La víctima era un hombre robusto, pero sus fuerzas de nada le sirvieron para defenderse del hombre que le había sorprendido. Matthew Thames se preguntó por qué le atacaban. De pronto, notó algo parecido a una fuerte picadura en el lado izquierdo del cuello.

Casi en el acto, sintió que la sangre brotaba impetuosa por aquel agujero. ¿O eran dos?, pensó, loco de pánico y dándose cuenta de que no podía luchar ya con lo inevitable.

Thames se sintió arrojado al suelo. La sombra negra cayó sobre él y las dos figuras se convirtieron en una sola. A los pocos momentos, percibió una extraña debilidad. Estaba desangrándose, pensó, con los últimos restos de su

consciencia.

La pérdida de conocimiento no tardó en sobrevenir y sus movimientos de defensa cesaron. Lo último que pensó fue que se dormía... ¡y ya no despertaría jamás!

En el cementerio, nadie se apercibió de lo sucedido. Los ayudantes del jefe Gardiner se disponían a cargar el féretro en una furgoneta. Williamson anunció la reanudación de la encuesta en el momento en que se conociera el resultado del examen de balística del proyectil hallado en el féretro.

—Lo cual no debe impedir que el jefe de policía busque, por todos los medios a su alcance, el cuerpo de Justin van Sbräna, supuestamente muerto por Medora Falkeyn —concluyó solemnemente.

Davenport acompañó a la joven una vez abandonaron el cementerio.

—Dígame dónde se hospeda y la llevaré con mucho gusto —dijo.

—No tengo casa en Green Oaks, aunque Clarissa sí tenía un apartamento, cuyo alquiler fue pagado para un año. Aún no ha concluido el plazo y yo lo estaba usando cuando...

—No siga, es suficiente. Indíqueme la ruta y la dejaré en su casa.

Minutos después partían hacia la ciudad.

—Mañana iré a ver a Beryl McBorough —anunció él.

—Sea precavido. No se fíe —aconsejó Medora.

—¿Por qué?

—Es una mujer algo rara. Tiene dos enormes perros, que son otras tantas fieras. Si intentas hacer algo contra ella, los canes te despedazarían.

Davenport sonrió.

—No tengo la menor intención de causarle ningún daño —manifestó—. Y ahora, por favor, ¿cuál es su opinión sobre la ausencia del cadáver de Van Sbräna?

—Es un vampiro, claro está...

—Vamos, vamos, Medora; sea sensata. Si lo hubiera herido, el cadáver estaría en el ataúd. ¿No dicen que las balas de plata son infalibles contra el vampiro?

—Eso es, y por dicha razón le disparé una bala de plata. Murió, yo lo vi, y lo vieron otros muertos. Pero... el cadáver...

Medora entornó los ojos.

—A menos que...

—¿Qué? —preguntó él.

—No sé. Iba a decir un cómplice, que se pudo llevar el cuerpo, sabe Dios con qué i menciones... Señor Davenport, se lo digo sinceramente, no tengo la menor idea de lo que puede haber sucedido.

—Está bien, Gardiner lo averiguará —dijo él.

Medora emitió una risita sarcástica.

—Me temo que el caso le viene muy ancho —comentó.

—Eso parece, pero es el jefe de la policía y no podemos saltarnos su autoridad.

—Desde luego... Ah, ya hemos llegado. Pare, por favor.

Davenport detuvo el coche junto a la acera. Medora se apeó ágilmente.

—¿Cuándo piensa ir a hablar con Beryl? —preguntó, inclinada hacia la ventanilla del conductor.

—Mañana por la mañana, sin prisas.

—Tenga cuidado —insistió ella.

Giró sobre sus talones y cruzó la acera con paso largo y elástico, pero rebosante de gracia femenina al mismo tiempo. Davenport la contempló críticamente. «Una hermosa muchacha, obsesionada por una absurda chifladura de vampiros sorbedores de sangre y balas de plata para matarlos», pensó.

* * *

El parque estaba rodeado por una tapia de mampostería de metro y medio de altura, a la que se había añadido una recia verja de hierro, de casi tres metros más, coronada por agudas puntas que no tenían más allá de quince o veinte centímetros de separación. Dada la extensión del recinto, resultaba obvio que el costo de la verja no había tenido nada de económico.

La entrada se hacía por una puerta también enverjada y que formaba un perfecto conjunto con el resto de la muralla mixta. Un sendero enarenado conducía a la casa que se veía a más de seiscientos metros, entre los alerces que ya enrojecían a causa de la llegada del otoño.

Había también muchos otros árboles, robles, sobre todo. El césped abundaba y cubría prácticamente el suelo, aunque Davenport lo estimó más bien poco cuidado. Dos gruesas columnas de piedra sostenían las bisagras sobre las que giraban las dos hojas de la cancela de entrada. En una de ellas divisó el nicho que protegía el objetivo de una cámara de televisión. Debajo se veía, convenientemente señalado, el timbre que debía utilizar los visitantes que querían ser recibidos en la casa.

Davenport lo presionó sin vacilar. A los pocos segundos, oyó una voz de mujer que brotaba de un invisible altavoz:

—¿Quién es?

—Soy Edson Davenport, abogado defensor de Medora Falkeyn. Deseo hablar con la señorita McBorough.

—Aguarde un momento.

En aquel instante, Davenport oyó uno terribles ladridos. Dos gigantescos canes, negros como la noche, trotaban hacia la verja. El joven, impresionado, retrocedió un par de pasos. Los perros llegaron junto a la cancela y aullaron fieramente.

Uno solo de ellos era capaz de destrozar a una persona, cuanto más si eran ambos los que atacaban a un tiempo. Se preguntó si Beryl se sentía segura de sus propios canes.

Otra voz de mujer se oyó de pronto y ordenó a los perros que se retiraran.

Aquellas fieras dieron media vuelta con sorprendente mansedumbre y se alejaron trotando a través del parque.

Luego, el joven oyó:

—Puede pasar, señor Davenport.

—En coche, supongo —dijo él.

—Tiene miedo de mis canes —rió la dueña de la mansión.

—El pekinés más diminuto me hace temblar de pánico, señorita McBorough.

Beryl rió fuertemente.

—No le harán daño —insistió—. Entre, se lo ruego.

Las dos hojas de la cancela giraron a ambos lados y Davenport volvió a su coche. A fin de cuentas, aun sin perros, había más de seiscientos metros de distancia.

CAPITULO IV

Beryl le recibió en el gran porche de la casa, de estilo colonial, lujosa y bien construida, pero con evidentes señales de una decadencia de signo económico que no parecía que fuese posible evitar. A pesar de todo, Davenport estimó que el edificio era el marco adecuado para aquella mujer.

Cuando subió los cuatro peldaños que había hasta el suelo de la veranda, vio que era extremadamente alta, más aún que Medora. Quizá rondaba el metro ochenta, y ello con zapatos de tacón muy bajo. La cabellera, abundante, sedosa, parecía negra, pero pudo captar unos reflejos rojizos que casi le parecieron hilos de sangre.

—Celebro conocerle, señor Davenport —dijo Beryl—. Si le parece bien, nos sentaremos en la veranda. Mi sirvienta traerá en seguida algo de café. A menos que prefiera una bebida más fuerte...

—Café, gracias.

Había muebles de terraza y Davenport tomó asiento en una cómoda butaca de mimbre. Beryl se sentó frente a él, sonriéndole cortésmente.

—Puede empezar cuando guste, abogado —invitó.

—Verá, señorita... Mi presencia aquí obedece... Bueno, no sé cómo expresarlo, porque temo ofenderla...

—Vamos, hombre, usted es abogado y acostumbrado a actuar ante tribunales y fiscales hostiles. ¿Teme que le vaya a devorar?

—Oh, por favor... Supongo que está enterada de todo lo que sucede...

—Sí —asintió Beryl—. Lo sé todo, hasta el último detalle. Pero no cabe duda de que fue Medora quien disparó contra Van Sbräna.

—La señorita Falkeyn ha mencionado ciertos actos de vampirismo. Yo no diré nada sobre el particular, porque no creo en hechos fantásticos. Me referiré solamente a la muerte de Clarissa, su hermana.

Beryl sonrió de un modo especial.

—Medora siempre fue un poco... dada a fantasías —contestó—. Tomó como vampirismo lo que no fue sino una anemia aguda, que un médico inepto e incompetente fue incapaz de curar.

—Ah, anemia... ¿Qué médico asistió a Clarissa?

—Ya está muerto.

—¿Sorrell?

—Sí, el mismo. Pero si indaga un poco, encontrará su certificado en algún archivo oficial. Nadie duda de que Medora matase a Van Sbräna, pero, por Dios, de ahí a que Justin fuese un vampiro... Sinceramente, la cosa resulta absolutamente indigesta para el cerebro.

En aquel instante salió de la casa una mujer. Era de buena estatura y formas abundantes, de unos cuarenta años y cabellos peinados muy tirantes. Aún resultaba atractiva, salvo por un detalle que hizo estremecer al visitante.

La mujer carecía de pupilas. Sólo había blancura en los globos oculares y,

sin embargo, a Davenport le pareció que aquellos ojos ciegos taladraban su frente y llegaban al cerebro. La impresión resultó muy fuerte y no pudo contener un estremecimiento.

—Está bien, Kate —dijo Beryl—. Yo serviré el café.

—Bien, señorita —contestó la mujer.

Beryl llenó las tazas. Al terminar, miró al joven y sonrió.

—Le ha impresionado, ¿verdad?

—Un poco, lo admito.

—Realmente, es ciega, pero conoce la casa como usted su mesa de trabajo. Hace casi veinte años, le cayó un ácido en los ojos y perdió la visión. Pero puedo asegurarle que no podría encontrar otra sirvienta más fiel y cumplidora, señor Davenport.

—No me cabe la menor duda —contestó él—. Estábamos hablando de Clarissa, si no recuerdo mal.

—Ya le he dicho todo lo que sé de ella, señor Davenport,

—Excepto una cosa.

—¿Sí?

—¿Es cierto que Justin van Sbräna dejó a Clarissa porque, sin duda, estimó que usted es una mujer más... interesante?

Beryl le miró fijamente, sin perder la sonrisa.

—Y si fuese cierto, ¿qué importancia tendría?

—Ninguna, salvo que sí podría beneficiar a mi cliente.

—A su cliente, abogado, debieran llevarla a una clínica y encerrarla allí por el resto de sus días. Lo de Justin y Clarissa fue un corto romance, un devaneo sin ninguna importancia, aunque ella sí se la concedió. Al cabo de corto tiempo, terminó el asunto y eso es todo.

—Y vino a usted.

—Yo le gustaba y él también me gustaba a mí. Pero no hubo nunca nada concluyente, señor Davenport. Medora puede decir lo que quiera, pero su hermana falleció de enfermedad, nada de vampirismo. ¿Tiene ya suficiente?

Davenport entendió que la conversación había terminado y se puso en pie.

—Ha sido muy amable al recibirme —sonrió.

—Oh, muchas gracias. Le diré una cosa, señor Davenport; puede volver a Los Alerces siempre que guste. Y, por supuesto, con la condición de volver a mencionar jamás el caso que le ha traído hoy aquí.

Davenport hizo una ligera inclinación de cabeza. Luego se volvió para regresar a su coche, parado ante la veranda. Puso el pie en el primer escalón y se detuvo en el acto, al ver a los dos canes echados en el suelo, como esfinges de ébano, en las que sólo se veía el brillo de unos ojos asesinos.

Para llegar hasta la portezuela del coche tendría que pasar entre los dos perros. Entonces oyó la voz de Beryl a sus espaldas, con tono irónico:

—Camine sin miedo, no le atacarán —dijo.

Davenport descendió los peldaños y alcanzó su coche. Los perros continuaron inmóviles, sin volver siquiera sus amenazadoras cabezotas. Entró

en el automóvil y resistió la tentación que sentía de sacar un pañuelo y limpiarse la frente, chorreante de sudor.

Inspiró con fuerza, dio media vuelta a la llave de contacto y pisó el acelerador. La cancela se abrió por sí sola apenas estuvo a unos metros de distancia. Cuando se vio al otro lado, creyó que salía de un presidio.

Los Alerces estaba a un par de kilómetros de la población. Al pasar frente a la jefatura de Policía, vio un grupo de gente agolpada ante la entrada principal. Gardiner salía en aquel momento, espantando' con sus brazos a los curiosos.

—Vamos, largo de aquí... No hay nada que ver, nada que contar... Fuera, dejen que nos ocupemos nosotros del asunto...

A Davenport le intrigó la presencia de tanta gente en aquel lugar. Hizo un gesto con la mano y un hombre acudió sin demasiadas prisas.

—Hola —dijo el sujeto—, ¿Le ocurre algo?

—A mí, no, pero veo que Gardiner tiene problemas. ¿Qué sucede? —preguntó Davenport.

—Mathew Thames, señor. Lo han encontrado muerto en el cementerio. El médico dice que encontró huellas de mordeduras en su cuello.

Davenport se estremeció. Procuró rehacerse y sonrió.

—Gracias, amigo.

Reanudó la marcha. Momentos después, llamaba a la puerta del apartamento de Medora.

* * *

Medora pateó el suelo con furia.

—¡No y mil veces no! Lo que ha dicho Beryl es un infundio. Clarissa no murió de anemia. Van Sbräna...

Miró al joven coléricamente.

—Pero si la vi yo —añadió, muy excitada—. ¿Va a negarme alguien lo que vi con mis propios ojos? —Se tocó el cuello—. Aquí estaban las marcas de los colmillos del vampiro, señor Davenport.

—Lo vio usted... ¿y quién más? —preguntó el joven tranquilamente.

—Nadie. Ya le dije que ella me escribió a Nueva York sin saber que estaba en Europa. Al volver fue cuando me enteré de todo, pero ya estaba muerta.

—Y una noche, fue al cementerio...

—Exactamente. Lo hice yo sola, para no alarmar a nadie. Y Clarissa estaba en su ataúd, viva, pero convertida en un vampiro.

Davenport meneó la cabeza. Aquella obsesión, pensó, con un suspiro.

—De todas formas, existe el certificado de defunción, firmado por el doctor Sorrell.

Medora exhaló una sarcástica carcajada.

—Menudo pájaro —calificó despectivamente—. Por diez dólares sería capaz de firmar cualquier cosa... Era capaz, mejor dicho.

—¿Cómo lo sabe usted?

—He vivido aquí algunas semanas, hasta que tuve la seguridad de que lo que decía Clarissa en sus cartas era cierto. Por eso me enteré de la pésima fama de que disfrutaba el doctor Sorrell. No me cabe duda de que Justin le sobornó para que firmara un certificado falso.

—Si hizo indagaciones por su cuenta, habría algunas personas que le hablarían del vampirismo de Van Sbräna —opinó Davenport.

—No, porque jamás mencioné el asunto. Sin embargo, había algunos que no se sentían muy seguros cada vez que se cruzaban con él. Pude captar ese sentimiento de temor en bastantes personas de ambos sexos.

—Bueno, si fuese cierto. Van Sbräna tendría que haber matado a más personas. No parece que se hayan dado otros casos.

—Eso es lo que me desconcierta —convino Medora—. Pero él lo admitió, en nuestra primera y última entrevista.

—Es una lástima que no se le ocurriese llevar consigo una grabadora. Así sabríamos lo último que dijo Van Sbräna antes de morir. Pero también es una ventaja para la defensa.

—¿Por qué?

—Lo sabrá cuando se reanude la sesión —respondió Davenport—. Incidentalmente, ¿dónde vivía Van Sbräna?

—En una casa, a la salida de Green Oaks, a unos trescientos metros de los últimos edificios. Pero está clausurada por orden judicial.

—Tendré que pedir que me permitan examinarla. Gracias, señorita Falkeyn.

Davenport se encaminó hacia la puerta.

—No se desanime —dijo, con la mano ya en el picaporte.

—Cuando disparé contra aquel demonio, lo hice con plena consciencia, sabiendo que podía costarme la libertad para el resto de mis días. Pero tenía que matarlo.

—Sí, claro.

Medora pareció sentirse repentinamente desconcertada.

—Y, sin embargo, falló la bala de plata —dijo.

—¿Por qué falló? Van Sbräna murió. Lo vieron los policías, lo dijo Sorrell segundos antes de morir de un ataque cardíaco...

Los ojos de la muchacha despidieron chispas de fuego.

—No estaba en su ataúd, lo cual significa que se escapó, temeroso de que un día pudiese alguien llegar a su tumba y clavarle una estaca en el corazón. Está fuera de la sepultura, suelto, libre, merodeando por ahí, en busca de nuevas víctimas —dijo Medora dramáticamente.

Davenport se impresionó al oír aquellas palabras. ¿Tendría razón aquella muchacha? Un hombre había aparecido muerto, desangrado, con señales de colmillos en la garganta. ¿Había sido atacado por Van Sbräna?

Sin poder contenerse, pensó en su jefe y presidente de la firma de abogados a la cual pertenecía. «Henry, en buen lío me has metido», se dijo

mentalmente.

Pero, al mismo tiempo, sentía que era una especie de reto y se dispuso a afrontarlo con todas sus fuerzas. Había allí un extraño misterio, que descifraría a pesar de todos los obstáculos que pudiera encontrar en su camino.

CAPITULO V

—Este tribunal opina que deben ser aceptados los alegatos de la defensa —dijo el juez Williamson al día siguiente—. No hay duda alguna de que la bala encontrada en el ataúd fue disparada por el revólver de Medora Falkeyn. Pero la ley exige algo más que la propia declaración del presunto culpable. Ella afirma haber disparado y dado muerte a Justin van Sbräna y, efectivamente, no menos de cuatro personas contemplaron el cadáver de la víctima, y hasta el forense tuvo tiempo de declarar, si bien no por escrito, que el mencionado Van Sbräna estaba muerto.

»Pero el detalle esencial en este caso es que nadie vio a la inculpada usar un arma mortal contra la víctima. Incluso la desaparición del cadáver pasa a un término secundario, aunque no por ello la policía debe abandonar su búsqueda. Y no existiendo ningún testigo que presenciase el crimen, este tribunal entiende que no se debe incoar proceso alguno contra Madora Falkeyn, a menos que algún día se puedan presentar pruebas más concluyentes. ¡La audiencia ha terminado!

El juez se levantó, tras el ritual golpe de mazo. El ujier clamó:

—¡Todos en pie! ¡Despejen la sala!

Davenport metió algunos documentos en su portafolios. Medora le contemplaba con curiosidad.

—No se puede negar que es usted un buen profesional —dijo—. Sinceramente, y aunque estaba dispuesta a afrontar cualquier cosa, lo veía muy difícil.

—Si debemos acatar las leyes, también podemos aprovecharnos de sus beneficios —contestó Davenport sonriendo.

—Es lógico. ¿Se marchará ahora?

—No. El caso no ha terminado todavía. Van Sbräna sigue sin aparecer y además, se ha cometido otro asesinato misterioso.

—Lo sé. La osadía del vampiro es increíble. ¡Atacarle en el propio cementerio, junto a cientos de personas! ¿Cómo pudo atreverse...?

—He oído algunas declaraciones de testigos. Thames estaba en las últimas filas. Nadie le vio marcharse. Había muchos rincones oscuros en el camposanto. Supongo que el asesino aprovechó una de esas zonas en sombra.

—Y Thames no gritó...

—Yo también le habría atacado y no hubiera gritado —aseguró Davenport —. Pero... las dos señales que tiene en el cuello...

—La mordedura del vampiro —dijo Medora.

Davenport se apoyó un instante en el portafolios con ambas manos.

—¿Conocía usted a Thames?

—No, ni siquiera sé quién era ni qué hacía...

—Es lo mismo. Hablaré con Gardiner.

—Entonces, continúa adelante.

—Hasta que se aclare el enigma —contestó el joven firme mente, a la vez que agarraba el asa de la cartera y echaba a andar hacia la salida.

Medora se emparejó a su lado.

—¿Le importa que le acompañe?

—¿Por qué no?

Davenport se echó a un lado para que ella cruzara primero la puerta. Había algunos curiosos frente al edificio del tribunal y sonaron murmullos al ver aparecer a la joven en compañía de su abogado. Un par de fotógrafos tiraron algunas placas y un informador de radio se acercó con el micrófono en ristre, pero Davenport declinó cortés y enérgicamente cualquier declaración por parte de su cliente. Al fin, consiguieron quedar libres y encaminaron sus pasos a la jefatura de Policía.

Gardiner parecía muy atribulado. Era evidente que el caso sobrepasaba su limitada inteligencia.

—Este asunto acabará conmigo —se lamentó, a la vez que ofrecía sendas tazas de café a sus visitantes—. Ya no sé ni qué hacer...

—Jefe, ¿qué era o qué hacía Thames? —preguntó el joven.

—Trabajó una temporada en Los Alerces. Era jardinero profesional. Acudía a las casas donde requerían sus servicios para arreglar jardines, podar árboles, injertar rosales, exterminar insectos y demás.

—¿Sabe si tuvo alguna relación con Van Sbräna?

—Oh, sí, solía ir una vez por semana a cuidar el jardín de su casa. Pero, ¿por qué le interesa tanto la muerte de ese pobre hombre, señor Davenport?

—Mi cliente está libre momentáneamente, pero pueden aparecer pruebas que permitan procesarla. Por tanto, estimo mi deber hacer todos los posibles para esclarecer el caso totalmente, aunque, por supuesto, no pienso interferir la acción de la Policía.

—Sí, comprendo.

—Otra pregunta más. ¿Tiene ya el informe del forense?

—Aún no: abogado.

—Volveré en otro momento, jefe. ¿Vamos, Medora?

Salieron a la calle. Davenport contempló el panorama un instante. El caso, se dijo, tenía una solución. Pero, ¿cuál?

* * *

El doctor Warlock era un hombre joven y de agradable presencia, algunos años mayor que Davenport. Cuando, al día siguiente, le expuso el joven sus deseos, Warlock se mostró dispuesto a cooperar en todo momento.

—En efecto, Thames tenía dos heridas en el cuello, de forma triangular y algo más pequeñas que la uña de un meñique. Las heridas estaban bajo la oreja izquierda, separadas por una distancia de un par de centímetros. No cabe duda de que se desangró al no ser contenida la hemorragia.

—¿Tanta sangre salió por esos agujeritos?

—Si no se taparon a tiempo, desde luego. Había mucha sangre en el suelo. Mi opinión es que perdió, por lo menos, dos litros. No hay persona que soporte esa pérdida si no es atendido de inmediato con fuertes transfusiones. Y a Thames no se le hizo ninguna.

—Comprendo, doctor, ¿los orificios de las heridas fueron causados por... unos colmillos?

Warlock sonrió.

—Usted también cree en los vampiros, ¿verdad? No, eran heridas limpias, de bordes netos, aunque bastante profundas, de tres o cuatro centímetros por lo menos. Yo diría qué fueron causadas con un instrumento especialmente fabricado por el asesino, una especie de púa doble, de sección triangular y bordes muy bien definidos, para que su huella quedase perfectamente señalada, después de un golpe seco y potente, que evitó desgarros en la epidermis. Además, encontré señales de una mano que hizo presión en la boca“ y otra en el cuello, lo que significa que fue sorprendido y se le impidió gritar.

—Es decir, le atacaron, cuando estaba con los demás, curioseando lo que hacían el jefe Gardiner y sus ayudantes.

—Así es, y puesto que nadie lo vio, debo expresar mi convicción de que el atacante era hombre de tremenda fortaleza física. Sobre todo, si pensamos en que Thames no era precisamente un tipo enclenque.

—Entonces, doctor, usted no cree en el vampiro.

—¿Cree usted, señor Davenport?

El joven negó con la cabeza.

—Tampoco. Sin embargo, hay alguien empeñado en aparecer como un vampiro.

—Ese alguien, probablemente, aprovechó la ocasión para saldar alguna vieja cuenta con Thames. Sé que hay más de uno en Green Oaks que se tomó varias copas al conocer la noticia.

Davenport arqueó las cejas.

—¿Por qué, doctor?

Warlock sonrió maliciosamente.

—Thames era jardinero y acudía a donde requerían sus habilidades. Pero también prestaba otra clase de servicios a damas cuyos maridos estaban fuera, trabajando.

—Vaya —resopló el joven.

—Si me permite un comentario irrespetuoso para el difunto, le diré que era un garañón bípedo. ¿Satisface eso su curiosidad, abogado?

El joven se echó a reír.

—Por completo, doctor; aclara muchas cosas —respondió.

* * *

Davenport relató a Medora su conversación con el nuevo forense. Medora se quedó sorprendida al conocer ciertos escabrosos detalles de la vida de

Thames.

—Nunca me lo hubiera imaginado...

—Pues es así y no hay que darle más vueltas. Medora, dígame, ¿qué sabía usted particularmente de Justin van Sbräna?

—No mucho. Sé que llegó aquí hará un par de años, pero nadie ha conseguido saber jamás su procedencia. Desde el primer momento, se atribuyó el título de barón, aunque, eso sí, comportándose con cierta agradable benevolencia que le hacía decir que el título no tenía importancia para él. Y... no sé apenas más, salvo que vivía donde le dije ayer...

—¿Tenía fortuna personal?

—Sé que no trabajaba, si es eso lo que quiere decir. Sin embargo, he oído decir que era un notable concertista de piano, aunque creo que jamás dio un concierto, como no fuese a un reducidísimo grupo de amistades que tenían acceso a su casa.

—Me interesaría conocer los nombres de las personas que componían ese reducido círculo. También, supongo, Van Sbräna debía de tener alguna sirvienta. ¿Querrá averiguar esos datos por mí?

—No tengo inconveniente, pero, ¿qué piensa hacer usted?

Davenport consultó su reloj de pulsera.

—Voy a Los Alerces —manifestó—. Quiero hablar otra vez con Beryl McBorough. A propósito, ¿por qué dijo el fiscal que usted y Van Sbräna habían tenido relaciones amorosas?

—Se equivocó —respondió Medora.

Davenport estudió su rostro. Medora estaba ligeramente sonrojada. Le mentía.

—Sí, comprendo, muchas gracias —dijo. Movió la mano, vino la camarera, abonó la cuenta y se puso en pie—. ¿Por qué no me invita a cenar en su casa? —sugirió.

—Venga a las siete y media —accedió Medora.

Quince minuto más tarde, Davenport tocaba el timbre de la verja de Los Alerces. Casi en el acto se oyeron unos feroces aullidos.

Davenport esta vez iba preparado. Tenía ideas que le bullían en la cabeza, aunque no había conseguido definirlas por completo todavía. Sin embargo, había creído conveniente poner en práctica algunas de ellas.

Los perros se acercaron. Entonces, Davenport les arrojó varias tiras de petardos chinos entre las patas. Las rápidas y sucesivas explosiones espantaron a los canes, que emprendieron en el acto una aterrada huida, estridentes lamentos que casi parecían humanos.

Satisfecho, sonrió. Momentos después, se abría la cancela y hacía avanzar su coche hacia la casa situada entre los árboles.

* * *

—¿Qué les ha tirado usted a mis perros? —preguntó Beryl con acento

escasamente amable.

Davenport se puso las manos en el pecho.

—¿Yo? —Fingió sorpresa—. No lo hice, ni se me habría ocurrido siquiera una cosa semejante. Fueron unos chicos que pasaban por allí. A mí me pillaron de sorpresa, créame. Estaba distraído contemplando el parque y lo primero que supe fue que los petardos estallaban entre las patas de los canes. Los chicos, naturalmente, echaron a correr...

—Por fortuna, tengo bien educados a los perros y no aceptan comida que no sea de mis propias manos. Más de una vez he encontrado carne envenenada entre la hierba. Ellos no la probaron siquiera.

—Parece que hay gente que no la mira con simpatía —dijo Davenport.

—En Green Oaks viven personas llenas de ruindad. No soportan ciertas actitudes que rebasan o no acatan las normas convencionales al uso.

—Usted, por tanto, se considera una persona libre de convencionalismos.

—No me preocupan, si es eso lo que quiere decir. Claro que tampoco los desafío constantemente. Vivo a mi aire, sin preocuparme de lo que digan los demás.

—Una postura muy sensata. Pero, ¿hay algo en particular que haya podido indignar a las gentes timoratas de Green Oaks?

Beryl sonrió.

—Se dice que aquí celebramos orgías, en las que se hacen cosas nefandas. No es cierto, por supuesto, pero muchos de los que lo dicen, tomarían parte de buena gana en esas «orgías».

—Indudablemente. Pero, convendrá conmigo en que toda murmuración tiene siempre un fondo de verdad.

Ella se agitó incómoda en su asiento. Esta vez, había introducido al joven en una sala elegantemente amueblada, en la que se veía un gran piano de cola situado sobre un estrado, en uno de los ángulos de la estancia.

—Creo que puedo confiar en usted —dijo al cabo—. Justin era un pianista excelente y, muchas veces, daba conciertos para mí sola. Cierta noche, me pidió que bailara para él.

—¿Es usted bailarina?

—Estudié danza hace algunos años. No seguí adelante, porque me di cuenta de que jamás llegaría a «*prima ballerina*».

—Una actitud muy sensata por su parte —sonrió Davenport—. De modo que Justin le pidió que bailara para él...

—Desnuda —dijo Beryl, mirándola fijamente.

—Oh... Quería inspirarse...

—Sí. Pero no nos dimos cuenta de que había alguien que nos espiaba y esa persona fue la que divulgó la historia.

—¿Quién?

—Tenía trabajo. A veces, para no perder tiempo, se alojaba en casa. Era Matthew Thames.

—Seguramente, no pudo resistir el deseo de ufanarse ante sus amigos de lo

que había visto aquí.

—En efecto. Cuando lo supe, lo despedí. Creo que fue él quien arrojó la comida envenenada a los perros, por despecho, como puede suponerse. Thames venía aquí con cierta regularidad y cobraba casi el mismo sueldo que hubiera tenido de ser un empleado fijo.

—Tengo entendido que Thames era hombre muy atractivo y que hacía muchas conquistas.

Beryl sonrió.

—Era especialista en damas desatendidas por sus esposos o solteronas histéricas, ansiosas y calenturientas.

—Lo cual no quiere decir que no le gustase usted, una mujer muy hermosa, cuyos encantos físicos había tenido ocasión de conocer sin el menor velo.

—La verdad, nunca se insinuó en ese sentido. Quizá es porque yo le tenía a raya. Pero eso es todo con respecto a Thames.

—Excepto que alguien quiso que la muerte apareciese como obra de un vampiro.

—Es una tontería. No hay vampiros, ¿verdad?

—Pienso que no —Davenport se puso en pie—. Le agradezco mucho que haya accedido a recibirme.

Beryl le tendió la mano.

—Ha sido un placer —aseguró—. ¿Tiene intención de permanecer muchos días en Green Oaks?

—Mi cliente no está enteramente libre. Aunque admite haber matado a Van Sbräna, quizá pueda encontrar las causas que me permitan lograr un definitivo veredicto de inculpabilidad.

—Entiendo —dijo Beryl—. Señor Davenport, ¿por qué no viene a cenar conmigo una noche?

El joven levantó las cejas.

—Aceptó encantado —contestó—. ¿Cuándo?

—¿Mañana? —sonrió Beryl.

—En efecto. Ah... Una pregunta más, por favor.

—Desde luego.

—Mi cliente no ha querido confesarlo, pero parece ser que conoció antes a Van Sbräna. ¿Sabe usted algo sobre el particular?

—No, en absoluto.

—Gracias, señorita McBorough.

Beryl quedó en la puerta de la sala, mientras él cruzaba el inmenso vestíbulo. Al salir a la veranda, oyó una voz susurrante a su izquierda.

—No venga por aquí. Esta casa está maldita. Correrá graves riesgos si insiste en volver.

Davenport sonrió. Volviendo ligeramente la cabeza, divisó a Kate junto a la puerta. La sirvienta ciega parecía muy ocupada en arreglar los almohadones de los sillones que había en la terraza.

Sin hacer el menor gesto, descendió los escalones y subió al automóvil. Sonrió al ver a los negros canes contemplándole respetuosamente a unos pasos de distancia.

Les había metido el miedo en el cuerpo, pensó, satisfecho.

Al virar, miró hacia la casa. Beryl, tras la ventana de la sala, agitó una mano. Davenport inclinó la cabeza ligeramente y pisó el acelerador.

CAPITULO VI

—Y bien, ¿quiénes eran las personas que solían asistir a los conciertos de Van Sbräna? —preguntó Davenport, después de la cena.

—Cuatro mujeres y un hombre. Tengo todos los nombres.

Medora sirvió el café y llenó una copa de coñac. Luego añadió:

—Eran unas reuniones muy particulares.

—¿Qué tenían de particular?

—Todas las mujeres son jóvenes y hermosas, aunque no unas niñas, precisamente. Hay una que anda por los cuarenta años, pero es casi la más atractiva de todas,

—¿Y el hombre?

—Está muerto.

—¿Thames?

—No. Sorrell.

—¿El forense? —respingó Davenport.

—Sí. ¿Le extraña?

—Me sorprende. Pensé que un hombre como él...

—Sorrell tenía cuarenta y cinco años y se conservaba muy bien. También tenía su clientela... especial.

—Las cosas que llegan a saberse —comentó Davenport con jovial acento —. Conque conciertos, ¿eh?

—Ya ve —sonrió Medora.

—Y todo esto, ¿puede tener alguna relación con el caso?

—Cuando menos, son hechos relacionados con algunos de los implicados.

Davenport estudió un instante el rostro de la muchacha.

—Medora, ¿asistió alguna vez a un concierto de Van Sbräna?

Ella apretó los labios.

—Hace dos años —contestó con voz tensa.

—¿Sola?

—No. Había varias personas más... las mujeres que he citado, tres de ellas y el forense. Justin interpretó varias piezas de concierto al piano y, en un momento determinado, ordenó que nos quitásemos las ropas.

—¿Lo hizo usted?

Medora, roja como una guinda, asintió.

—Sí —dijo en tono muy bajo—. No sé lo que me sucedió... Sentía que no podía negarme a cumplir aquella orden... y me desnudé, lo admito. Pero no pasó nada más. Por lo menos, no me pasó a mí.

—¿Por qué?

—Era una noche tempestuosa, soplaba un auténtico vendaval y llovía a mares. Una de las ventanas se abrió de golpe y una racha de agua me mojó casi completamente. Eso me hizo volver a la realidad, con que me vestí y escapé a todo correr, avergonzada de mi debilidad. Ya no volví más a la casa

de Justin,

—De modo que él les ordenó quitarse las ropas y obedecieron sin rechistar. Debía de ser un tipo verdaderamente persuasivo.

—Lo era, aunque también, lo he pensado muchas veces, algo tuvo que ver en nuestra obediencia el extraño aroma que flotaba en el ambiente. La sala estaba alumbrada solamente por un par de grandes velas, como cirios, de color verde... Creo que había alguna droga en la cera...

—Eso resulta muy interesante. ¿Continuaron después las reuniones?

—Por lo que he llegado a saber, sí, continuaron... una vez por mes, aproximadamente.

—Los maridos, ¿no sabían nada?

Medora sonrió desdeñosamente.

—El que lo sabía se calló. Los otros... estaban en la inopia.

—Quizá alguien destapó el pastel más tarde.

—¿Quién?

—Thames.

—Pudiera ser —admitió ella.

Davenport apuró la copa de coñac.

—Creo que Thames levantó la tapa de ese pastel. Y por dicha razón lo asesinaron.

—Puesto que no cree en el vampiro... —dijo ella con cierta sorna.

—Soy completamente escéptico —se definió el joven—. En cambio, creo que Thames debió de pedir dinero a las damas participantes en aquellas reuniones. Alguna de ellas lo mató... o su esposo, mejor dicho, para evitar el escándalo.

—Yo no acepto esa hipótesis, aunque parece razonable—. De pronto. Medora se cogió la cara con las dos manos y adoptó una actitud pensativa—. Era una bala de plata. ¿Por qué falló?

—Porque la herida no era mortal, aunque Van Sbräna fingiese su muerte.

Medora se irguió.

—Murió —dijo—. Yo lo vi...

Davenport tomó las manos de la muchacha con gesto afectuoso.

—Procure tranquilizarse —aconsejó.

—Lo intentaré... pero sé que Justin está vivo aún.

El joven suspiró. No había forma de arrancarle la obsesión de su mente, pensó.

—Buenas noches. Medora.

—Buenas noches, Edson.

* * *

Davenport salió a la calle y caminó apaciblemente, sin prisas. La noche era cálida todavía, debido a los últimos días del veranillo indio. Sin embargo, se presentía la inminencia de una tormenta.

Anduvo tranquilamente, porque no tenía sueño y quería reflexionar sobre el asunto que tanto le preocupaba. Casi de repente, se encontró fuera de la población.

Entonces vio una chispita de luz en la oscura fachada de una casa situada a poca distancia del camino. El resplandor se apagó a los pocos momentos. Davenport sintió un ligero choque.

Aquella casa había pertenecido a Van Sbräna. ¿Quién estaba en ella en aquellos momentos?

Atraído por la curiosidad, se acercó a la valla de madera que cercaba el jardín. Abrió la puertecita y caminó por el sendero central, hasta llegar a la puerta.

Tanteó el pomo. Giraba sin dificultad. Empujó ligeramente y pudo ver una raya luminosa al pie de una puerta. Sí, había alguien en la casa, pero, ¿qué estaba haciendo?

Cerró con gran cuidado. En el vestíbulo reinaba una curiosidad casi total. Pisando de puntillas, se acercó a la puerta y la entreabrió ligeramente.

Había allí una mujer que registraba todos los cajones de los distintos muebles de la estancia, que había sido gabinete de trabajo y biblioteca. Aunque estaba de espaldas, pudo apreciar su cuerpo opulento y bien contorneado.

Abrió un poco más. De pronto, ella se irguió y giró en redondo. Vio entonces al joven y lanzó un grito de susto.

—¿Qué... qué hace usted aquí? —preguntó ella.

Davenport sonrió.

—Eso mismo podría decir yo —contestó. Y agregó—: Señora Kent.

La mujer, muy rubia y guapa de cara, ofrecía un aspecto muy atractivo, aunque tal vez demasiado exuberante. Pero eso lo hacían ya los años, pensó Davenport, quien, por la edad de la mujer había sabido deducir su identidad, ya que las tres restantes asistentes a los «conciertos» de Justin van Sbräna tenían menos de treinta años.

—¿Me conoce? —se sorprendió ella.

—He oído hablar de usted, señora. Soy Edson Davenport, el abogado de Medora Falkeyn.

—Ah, sí, ahora recuerdo... —Dinah Kent abombó el pecho—. Estoy buscando algo que Justin no quiso darme cuando aún vivía.

—¿Fotografías de los «conciertos»?

Dinah se mordió los labios.

—Las tomaba con una cámara oculta —respondió.

—¿Cómo lo sabe?

—Me entregó unas cuantas fotografías. Dijo que conservaba los negativos.

—¿Chantaje?

—Sí —admitió ella apagadamente.

—¿Cuánto, por favor?

—Dos mil mensuales. i —Tendrá dinero para pagar semejante suma, me

imagino.

—Y no soy la única —dijo la señora Kent.

—Hay tres más, lo sé. Eso representa ocho mil dólares mensuales, un bonito sueldo, considerando que no se pagan impuestos. ¿Qué dice su marido sobre el particular?

—No sabe nada y. no quiero que alguien venga aquí un día y encuentre los negativos.

—¿Pagaba dos mil dólares al mes... y su esposo no lo .sabía? —se extrañó el joven.

—Tengo mi fortuna particular. Mi esposo es representante comercial. Se ausenta con mucha frecuencia de Green Oaks.

Davenport ocultó una sonrisa. Un caso frecuente, pensó.

—Por mi parte puede seguir buscando, señora Kent —dijo—. Pero me gustaría conocer su opinión acerca de Van Sbräna. ¿Cree de verdad que era un vampiro?

—No estoy muy segura de ello. Cada vez que me miraba, yo me sentía indefensa, dispuesta a hacer cualquier cosa que me ordenase... Tenía un don especial, un magnetismo que le hacía irresistible...

—Las otras damas, ¿piensan lo mismo?

—Sí.

—Era un tipo verdaderamente notable —comentó el joven—. Bien, como dije antes, puede seguir...

De pronto, se interrumpió. En algún lugar de la casa acababa de oírse el chasquido de una puerta que se cerraba.

—Viene alguien —dijo precipitadamente—. Escóndase, señora...

Davenport miró a todas partes. El único escondite que le pareció propicio era un gran diván situado junto al hueco de una ventana.

—Allí, al otro lado —señaló—. Pronto, dése prisa.

Dinah obedeció temblando de pánico. Davenport giró en redondo y se asomó al vestíbulo.

Seguía desierto, silencioso y a oscuras, salvo el espacio iluminado por la luz que salía a través de la puerta abierta. Repentinamente, vio que desaparecía aquella zona iluminada.

Alguien había cerrado la puerta a sus espaldas. Empezó a volverse, pero, en el mismo instante, sintió un terrible dolor en la cabeza.

Aun así, no había perdido el sentido. Intentó luchar y se dio cuenta aterrado de que su contrincante era mucho más fuerte.

Durante unos segundos, forcejeó desesperadamente. Una rodilla se le clavó en la ingle y perdió el aliento. Aflojó su resistencia y ya no pudo resistir los efectos del segundo golpe en el lado izquierdo de la frente.

Mientras caía pudo ver el blanco óvalo de un rostro, cruzado por una espesa mancha negra. Van Sbräna usaba bigote.

Pero en seguida perdió el conocimiento y se sumió en un profundo sueño.

En su escondite, Dinah Kent oyó los ruidos de la lucha y creyó morir de

miedo. Luego volvió el silencio, denso, ominoso, siniestramente amenazador.

Transcurrieron algunos minutos. Todo parecía haber terminado. Pero, ¿qué le había sucedido al abogado?

Al cabo de un rato se decidió a abandonar su escondite. Volvería otro día, se prometió. Caminó nerviosamente hacia la puerta, abrió, atravesó y entonces fue cuando una mano tapó su boca y la otra se cerró sobre su cuello.

Dinah luchó con todas sus fuerzas, pero el atacante era mucho más fuerte. La presión ejercida por su mano en el cuello empezó a privarle de aire. Flaqueó, sintiéndose desvanecer.

De súbito, se sintió lanzada al suelo. El atacante se arrojó sobre ella. Ya no tenía fuerzas para gritar. Entonces, notó dos agudos pinchazos en el lado izquierdo de la garganta.

Pataleó con fuerza, pero muy pronto sus piernas se estiraron fláccidas. Horribles imágenes danzaron una frenética danza en su mente, pero las visiones duraron muy poco, ocultas por un negro telón, al otro lado del cual sólo existía el silencio definitivo.

CAPITULO VII

Algo golpeó en la mejilla de Davenport y creyó que era el impacto de una bala de plata. Incluso notó el líquido que le mojaba la piel.

Muy pronto sintió un segundo golpe. Y un tercero, y un cuarto... Entonces se dio cuenta de que empezaba a llover.

Caían gruesas gotas, que chasqueaban sordamente al estrellarse contra el suelo. Davenport pestañeó unas cuantas veces.

De pronto, se encontró sentado al aire libre, con la espalda apoyada en una pared. Una racha de viento le dio en el rostro. Cayeron más gotas, pero, de pronto, la lluvia cesó bruscamente.

Davenport sacudió la cabeza. Olía a whisky. ¿Por qué, si no había probado una sola gota en toda la noche, excepto el trago que Medora le había servido antes de la cena?

Al mirar su reloj luminoso, vio que eran más de las doce de la noche. ¿Por qué estaba en aquel callejón? Había sido atacado en la casa de Van Sbräna... ¿Quién le había llevado hasta allí?

Inesperadamente, un chorro de luz cayó sobre su cara, obligándole a cerrar ¡os ojos.

—Eh, ¿qué hace ahí? —sonó una 'voz de tonos nada amables.

Davenport oyó pasos que se acercaban. La lámpara iluminó algo que tenía al lado. El hombre se inclinó, cogió la botella vacía y se rió sarcásticamente.

—La pilló buena, abogado —dijo—. Tal vez quería celebrar su éxito en el tribunal, ¿verdad?

Davenport se esforzó por hablar.

—¿Quién es usted?

—Hart, ayudante del jefe Gardiner y en la ronda nocturna —contestó el hombre—. ¿Por qué no se emborrachó en su cuarto del hotel, abogado?

Davenport reflexionó rápidamente. Era mejor dejar que Hart creyese en la borrachera. No le convenía mencionar su estancia en la casa de Van Sbräna.

—Bueno..., son cosas que pasan... ¿Me da la mano, señor Hart?

—Claro, hombre.

La mano del policía le izó casi en vilo. Davenport adoptó una actitud casi humilde.

Hurgó en sus bolsillos.

—Señor Hart, no diga nada, por favor —rogó.

Dos billetes de diez dólares pasaron al poder del policía.

—A veces uno pierde la noción de las cosas... —dijo Davenport.

—Sí, suele suceder. Oiga, le acompañaré hasta el hotel.

—No, no se moleste; ya me encuentro mucho mejor. Gracias de todos modos, señor Hart.

El joven salió del callejón. Dinah Kent habría escapado, seguro.

Miró a derecha e izquierda. La casa de Van Sbräna estaba a más de

trescientos metros, apenas visible entre las sombras causadas por uno de los últimos faroles de la ciudad.

—Dese una ducha fría y tómese unas cuantas tazas de café —recomendó el policía.

—Sí, lo haré. Buenas noches.

Hart dio media vuelta y continuó andando. Davenport refrenó las ansias que tenía de volver a casa de Van Sbräna. Al cabo de unos segundos empezó a caminar.

Alguien le había atacado. El no era un hombre flojo precisamente, pero su atacante parecía poseer una fuerza inhumana. Los dos golpes recibidos aún le dolían bastante.

Cuando tenía el hotel a la vista, el agua cayó de golpe, como si se hubieran abierto a la vez todas las compuertas del cielo. Davenport tuvo que echar a correr, pero cuando llegó al lugar seguro, pensó que ya no necesitaba la ducha aconsejada por el policía Hart.

* * *

—Así pues, había algo más que simples orgías —dijo Medora a la mañana siguiente.

—Una orgía no es nunca algo simple —contestó él—. Pero, aun aceptando el calificativo, en esa clase de «fiestas» suele haber siempre un tipo aprovechado, que combina el placer con el negocio.

Medora le miró con desconfianza.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—He tenido entre manos un par de casos de esa índole. Para conseguir una mejor defensa de mi cliente, tuve que informarme a fondo. Podría decirse que, prácticamente, ocurre en todas esas fiestas de hombres y mujeres desnudos.

—Entonces. Justin era también un chantajista.

—La sangre no alimenta demasiado que digamos —contestó Davenport burlonamente.

—Bien, ¿qué hizo después Diana Kent?

—Ah, no lo sé. Yo ya no quise volver; Hart andaba merodeando por allí y no quise exponerme a levantar suspicacias.

—Entonces, el que le atacó le llevó al callejón...

—Seguramente, en brazos, como a un chiquillo, y con una botella de whisky que vació parcialmente sobre mis ropas > luego en el suelo. Así creerían en mi borrachera.

—Debió haberme dicho que le acompañara. Yo podría haberle ayudado —le reprochó Medora.

—Usted debe permanecer lo más alejada posible de este conflicto —respondió el joven—. Además, ni siquiera tenía intenciones de ir allí. Me acerqué pascando; tenía ganas de pensar con un poco de tranquilidad. Entonces, vi algo de luz en una ventana...

Consultó su reloj.

—¿Cree que es ya buena hora de visitar a la señora Kent? —preguntó.

—Sí. Pero le acompañaré yo —dijo Medora enérgicamente.

—Bueno, en este caso no hay objeción.

Un cuarto de hora más tarde, llamaban a la puerta de una casa elegante, aunque no demasiado grande. Una mujer de mediana edad apareció a los pocos instantes.

—¿Si?

—Deseo hablar con la señora Kent —dijo el joven—. Soy Davenport, abogado; ella es Medora Falkeyn...

—Lo siento, la señora Kent no está en casa —informó la sirvienta.

—¿Ha salido? —preguntó Medora.

—No ha dormido en casa. Fue de visita a casa de una amiga, la señora Edgell, y luego me llamó para decir que se quedaba allí a pasar la noche.

Davenport sonrió.

—Está bien, gracias, señora.

Agarró el brazo de Medora y tiró de ella.

—Sarah Edgell es otra de las... bailarinas, ¿verdad?

—Sí, desde luego. ¿Piensa ir a visitarla?

El joven hizo un gesto negativo.

—Prefiero ver antes a Dinah Kent, a solas. Si fuese ahora, se negaría a contestar. Estas entrevistas resultan mejor sin testigos.

Volvió los ojos hacia Medora y sonrió.

—Esta noche voy a cenar en Los Alerces —añadió.

—¿Le ha invitado Beryl?

—Sí. Acepté la invitación, y pienso ir, a pesar de los consejos en contra de Kate Dawson.

—Pobre mujer... Se quedó ciega en la flor de la edad... —dijo Medora con acento lastimoso.

* * *

Los canes siguieron al coche, galopando a ambos lados del vehículo, a la vez que lanzaban fuertes ladridos. Pero cuando el conductor se apeó, las dos bestias recularon temerosamente.

Davenport sonrió para sus adentros, mientras se ajustaba maquinalmente el lazo negro que cerraba, el cuello de la camisa. Avanzó hacia la puerta, que se abrió silenciosamente antes de que llegase.

—La señora le aguarda en el salón, señor —informó Kate con voz neutra.

Davenport contempló unos instantes aquellos globos oculares, sin pupilas. Kate habría cambiado enormemente si hubiese tenido la visión normal. Fueron sin duda unos ojos muy bellos, pensó.

—Los tuve preciosos, en efecto, señor —agregó la sir vienta.

Davenport sufrió un sobresalto.

—Kate, ¿adivina el pensamiento? —preguntó.

Ella rió suavemente.

—Usted está muy cerca de mí. Sentía su aliento en la cara. Eso sólo puede significar que estaba mirándose a los ojos —contestó.

—Y. como decía Sherlock Holmes. «Elemental, querido Watson» —contestó el abogado jovialmente—. Gracias, Kate.

—A usted, señor.

Davenport entró en el comedor, alumbrado únicamente por las velas encendidas en dos candelabros de cinco brazos cada uno. Beryl estaba en pie junto a la mesa, deslumbrante de belleza, con una sonrisa acogedora en unos labios rojos por naturaleza. Davenport creyó que se quedaba sin aliento al ver la indumentaria de la joven.

El vestido, largo, era blanco, pero la parte superior era de tejido transparente,_ lo que permitía ver los oscuros vértices de los senos, perfectamente semiesféricos, rebosantes de firmeza, Beryl notó su sorpresa y emitió una risa complacida.

—Parece ser que no esperaba una cosa así —dijo ligeramente—. Bien, es una cena íntima, con un caballero discreto..., de modo que, ¿por qué no ser un poco audaz en la indumentaria?

Avanzó hacia el joven con una copa en la mano y se la entregó.

—¿O tiene alguna objeción en contra, abogado?

—Ninguna —se inclinó él cortésmente. Aceptó la copa y la levantó un poco—. Por la anfitriona y por lo que no se puede describir.

—¿Qué es, señor Davenport?

—Su belleza. No hay palabras suficientes. Es lo absoluto, lo que se describe con su misma definición. Así, el blanco es blanco y deja de serlo en cuanto tiene la más mínima mezcla. Se le puede llamar blanco, pero no lo es. ¿Me comprende?

—Es usted un hombre realmente encantador —contestó Beryl, visiblemente halagada—. Nunca había oído nada semejante, se lo juro.

—Me parece extraño. Siendo tan hermosa, habrá oído demasiados elogios.

—Comparados con el suyo, los mejores parecen frases de pésame.

Davenport se echó a reír.

—Es una comparación acertada, aunque nada estimulante para los autores de tales alabanzas —contestó—. Pero, me parece, esta invitación no es para dar el pésame a nadie, señorita McBorough.

—Por supuesto. Llámeme Beryl, por favor.

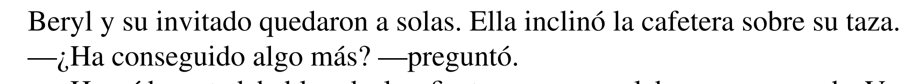
—Mi nombre es Edson —indicó él.

* * *

Kate sirvió el café y los licores en la salita contigua.

—Puede retirarse ya —dijo Beryl.

—Bien, señorita.



Beryl y su invitado quedaron a solas. Ella inclinó la cafetera sobre su taza.

—¿Ha conseguido algo más? —preguntó.

—¿Ha oído usted hablar de las fiestas que se celebran en casa de Van Sbräna?

—Desde luego. Pero ya habían cesado cuando nos conocimos.

—¿Y no le importó?

—No —Beryl se puso tensa súbitamente—. Era ya sólo mío, ¿comprende?

—Había fotografías —dijo Davenport intencionadamente.

—Nadie es perfecto en este mundo.

—Luego lo sabía.

—No me ocultó ningún detalle de su vida. Pero ya se había corregido.

—¿Usted cree? Hasta hace muy poco, aún seguía obrando el precio de sus chantajes.

Beryl pareció sentirse incómoda.

—Tal vez me engañó. En todo caso, soy ajena a este asunto —repuso.

—No he tratado de culparla —se disculpó Davenport—. Sin embargo, las «fiestas» que se celebraban en su casa una vez al mes concuerdan muy poco con las relaciones que sostenía con Clarissa Falkeyn.

—Clarissa, en cualquier caso, no asistía a esas fiestas. Podía ignorarlo perfectamente, como me sucedió a mí, hasta que dejó a Clarissa y empezó a cortejarme. Luego, cuando la relación se hizo más intensa, se franqueó conmigo.

—¿Es un vampiro Van Sbräna?

Ella rió burlonamente.

—¿De dónde ha sacado esa estúpida idea? ¿Se lo ha dicho Medora Falkeyn?

—Lo declaró públicamente.

—Esa muchacha está loca de remate. Debieran encerrarla en algún sitio donde no pueda hacer daño a nadie.

—Aún no ha contestado a mi pregunta.

—He dicho que era una idea estúpida. ¿Quiere una respuesta mejor?

—Es suficiente, gracias. Van Sbräna decía tener el título de barón. ¿De dónde procedía?

—De Transilvania, creo. No estoy muy segura; él no era muy explícito sobre sus orígenes. Pero tampoco hacía mal a nadie al declarar su título nobiliario.

—Transilvania es tradicionalmente el país de los vampiros —dijo el joven pensativamente.

—Sólo son leyendas. Estamos en el siglo XX, Edson. Sea sensato, por favor.

—Es un buen consejo —sonrió él—. Sin embargo, hay otras cosas que no son precisamente fantasías.

—¿Por ejemplo?

—El cadáver de Van Sbräna. ¿Quién lo sacó de la tumba?

—Después de su muerte, fue llevado a la funeraria y colocado en el ataúd. Luego se procedió a la ceremonia del entierro, pero nadie levantó la tapa del féretro en el cementerio. ¿Quién sabe si alguien se llevó el cuerpo desde el mismo cementerio?

—¿Quién, Beryl?

Ella le miró, entre irritada y divertida.

—Parece un fiscal quisquilloso. ¿Por qué me acosa a preguntas?

—Tengo una cliente en una situación poco agradable, eso es todo.

—Oh, sí, es cierto. Pero no sé quién pudo llevarse el cadáver, si es que de verdad sucedió así. Yo estuve presente en el cementerio, cuando lo enterraron. Ni siquiera lo vi muerto; no me sentí con fuerzas para ello.

—Bien, tendré que investigar por otro lado —dijo Davenport.

—Es decir, que piensa continuar con sus pesquisas.

— Desde luego.

—¿Esta misma noche?

—¿Qué quiere decir?

— Bueno..., si empezará a hacer preguntas a otras personas.

—Mañana, en todo caso.

—Respiro aliviada —dijo ella de buen humor.

—¿Por qué?

Beryl adelantó un poco el torso.

—Pensé que iba a marcharse ya —dijo ardientemente. Davenport estudió un momento el rostro de la joven. Ella tenía los labios entreabiertos, en un gesto de ciara invitación. ¿Qué ocultaba tras aquellas maniobras de seducción?

La tentación, sin embargo, era muy fuerte. Beryl se le acercó más todavía. Davenport se sintió próximo a caer.

—No tienes ninguna prisa —murmuró la joven con cálido acento.

Los senos palpitaban agitadamente, apenas velados por el blanco tejido. Era toda una mujer, desbordante de hermosura y de pasión.

Empezó a mover las manos para abrazarla. De repente, vio algo.

La puerta de la sala estaba entreabierta. Por su posición, Beryl quedaba de espaldas a ella.

Kate aparecía en el hueco, mirándole con ojos que parecían de repente haber recobrado la visión. Davenport la vio mover la cabeza de izquierda a derecha, repetidas veces, en unos gestos de negación que no podía desconocer.

Aquello le arrancó bruscamente del hechizo en que había caído. Emitió un carraspeo y se puso en pie.

—Dispénseme, pero tengo que retirarme...

Los ojos de Beryl emitieron un colérico centelleo de despecho.

—No tiene ninguna prisa, que yo sepa —exclamó.

—Le ruego que no lo tome a mal, Beryl. No..., no me encuentro muy bien. Me prepararon una cena demasiado deliciosa y creo que abusé un poco. Otro

día, se lo prometo...

Ella trató de ocultar la decepción que sentía, tras una cortés sonrisa.

—Está bien, como guste, Edson.

Davenport tomó su mano y se la apretó suavemente.

—De todos modos, ha sido una velada encantadora, de las que no se olvidan jamás —dijo.

—Podía haber resultado infinitamente mejor —contestó ella, insinuante.

El joven asintió. Luego se encaminó hacia la puerta. Al volverse, vio a Beryl erguida, en actitud pensativa. ¿Por qué le había aconsejado Kate que no siguiera adelante?, se preguntó, mientras sonreía en señal de despedida.

Esperaba ver a la sirvienta antes de abandonar la casa, pero sufrió una decepción. Kate no aparecía por ninguna parte.

Tendría que volver un día, aunque fuese subrepticiamente, para sostener con ella una larga conversación. Kate tenía que saber muchas cosas. Si conseguía convencerla de que se mostrase comunicativa, podría adivinar datos sumamente interesantes.

Lo difícil, se dijo, era entrar en Los Alerces sin que lo supiera su dueña. Pero ya encontraría la forma de hacerlo, pensó animosamente, mientras se encaminaba el coche hacia la cancela de salida.

CAPITULO VIII

Cuando llegó a la ciudad, divisó un extraño movimiento de gente frente a! puesto de policía. Detuvo el automóvil, se apeó y, forzando el círculo de curiosos, entró en el edificio.

Gardiner bramaba de ira e increpaba violentamente a sus subordinados, que parecían temerosos y asustados. Ninguno de ellos se atrevía a replicar a sus violentas diatribas. Parecían gallinas mojadas, pensó el joven.

Al cabo de unos segundos. Gardiner se detuvo para tomar aliento. Entonces le vio.

—¿Le sucede algo, señor Davenport?

—Oh, no, en absoluto. Simplemente he observado un poco de jaleo y me acerqué por curiosidad... ¿Qué es lo que sucede?

—Han robado el ataúd de Van Sbräna —contestó Gardiner.

Davenport respingó.

—¿Cómo es posible...?

—Lo tenía en un cobertizo situado en la trasera. Allí guardamos muebles en desuso y objetos que ya no necesitamos. No hay nada de valor y tampoco suponíamos que hubiese alguien capaz de birlarnos el féretro.

—Valía unos cuantos dólares, en mi opinión —dijo el joven.

—Se necesita estar chiflado para ir por ahí con un ataúd bajo el brazo, para venderlo por un puñado de centavos. Pero eso no es todo, señor Davenport.

El doctor Warlock entró en aquel instante.

—Murió en el día de ayer, entre las diez de la noche y las dos de la madrugada —dijo—. Causa de la muerte: hemorragia producida por las dos heridas del cuello. Por el momento, eso es todo, jefe.

—Gracias, doctor. —Gardiner miró al joven—. Se refiere a Dinah Kent.

—¿Asesinada?

—A simple vista, así parece, sobre todo, si se tiene en cuenta que el cuerpo ha sido hallado en una casa que no es la suya. Estaba en la de Van Sbräna.

Davenport procuró ocultar la terrible impresión que le causaba la noticia. Indudablemente, Dinah había muerto momentos después de sufrir el ataque del desconocido. ¿Otro crimen del vampiro?

—Lo siento terriblemente, aunque no conocía a esa mujer —mintió—. Pero, ¿qué hacía en una casa que no era la suya?

Gardiner rió entre dientes.

—No es correcto hablar mal de los muertos —contestó—. Pero ya se lo diré en otro momento, señor Davenport; ahora tengo trabajo. Me dispensa, ¿verdad?

—Claro —contestó el joven.

Salió emparejado con el médico. Apenas se vieron en terreno despejado, le hizo una pregunta:

—Doctor, ¿cree de veras que la señora Kent murió porque el vampiro le

sorbió la sangre'?

—Todo eso no son más que estupideces —refunfuñó el galeno—. Alguien tiene un sentido del humor especialmente morboso. Me refiero al asesino, naturalmente. Quiere confundirnos, eso es todo. Buenas noches, señor Davenport.

El médico se marchó dando grandes zancadas. Davenport volvió a su coche y emprendió el camino del hotel.

El recepcionista le dio una sorpresa.

—Tiene una visita, señor —informó.

Davenport arqueó las cejas. Subió a su habitación, abrió la puerta y vio a Medora, adormilada en el diván.

Sonrió mientras avanzaba hacia ella.

—Estoy aquí —dijo.

Medora despertó sobresaltada.

—Edson... Oh, perdone, me quedé dormida...

—No se preocupe. ¿.Hace mucho que aguarda?

—Más de una hora. Sabía que no iría al apartamento a su regreso de Los Alerces, así que decidí esperarle aquí.

—Pude muy bien no haber venido —sonrió él.

—Sin duda, habría tenido motivos para prolongar su estancia allí.

—No faltaban, es cierto. Pero supe dar una cortés negativa.

—Es usted admirable. ¿Cómo pudo resistir la tentación?

—A veces consigo colocar una coraza entre la tentación y mi ánimo. Pero me parece que no vino a saber si era un héroe o un hombre débil, ¿verdad?

—Es cierto. ¿Conoce las noticias?

—Las dos: la del robo de! ataúd y el asesinato de Dinah Kent.

—Eso significa que no pasó la noche en casa de Sara Edgell.

—Quizá pensara pasarla, pero después de haber registrado la de Van Sbräna.

—¿Y si fue una llamada falsa a la sirvienta para que no se alarmase al ver la tardanza de Dinah?

—Pudiera ser —convino el joven—. Pero eso es algo que podríamos averiguar por la mañana, ¿no le parece?

—Sí, es una buena idea. Oiga, ¿cómo se ha enterado...?

—Había muchos curiosos ante la Jefatura de Policía.

—Ya —Medora se encaminó hacia la puerta—. Esto se complica cada vez más, ¿no le parece?

—Eso creo.

—Van Sbräna no murió, pese a que todos lo pudimos creer. Luego escapó de su sepultura y anda por ahí, saciando su sed de sangre —dijo pensativamente.

—Admitamos que sea cierto —dijo Davenport, disimulando su irritación ante lo que parecía una obsesiva manía de la joven—. En tal caso, interesaría encontrarlo. ¿Dónde puede estar?

—Donde esté su ataúd —respondió ella—, Y si no, ¿por qué cree que lo han robado?

Antes de que pudiera replicar, Medora había desaparecido de su vista.

—En absoluto —dijo Sara Edgell al día siguiente—. Yo no llamé a la sirvienta de la pobre Dinah. Alguien hizo esa llamada en mi nombre y así se lo he dicho también al jefe de la policía. Eso es un intento de mezclarme en un crimen del que soy absolutamente inocente.

—Le ruego que se calme, señora —contestó Davenport—. No tenemos intención de ofenderla. Sin embargo, usted conoce la situación de la señorita Falkeyn y debe comprender que es lógico que queramos averiguar el mayor número posible de detalles.

—Sí, lo comprendo —repuso Sara—. Pero no sé nada...

—Señora, ¿qué podía buscar Dinah en la casa de Van Sbräna?

Sara enrojeció vivamente.

—No tengo la menor idea —contestó.

—Usted lo sabe muy bien —dijo el joven—. Usted era una de las asistentes a las fiestas que daba aquel individuo, en compañía de Dinah y de dos mujeres más y del doctor Sorrell. Se impresionaban fotografías sin que ustedes lo supiesen. Luego les hicieron chantaje...

La señora Edgell se sentía desfallecer.

—Dios mío... Si se divulgase... Mi esposo no lo sabe... Sería terrible para él y para mí...

—Puede confiar en nuestra discreción, señora —aseguró Davenport—. Pero es cierto lo referente al chantaje...

—Sí..., aunque no he dicho nada al jefe Gardiner.

—Nosotros tampoco se lo diremos, puede estar tranquila. ¿Ha comentado el hecho con las otras dos?

—Aún no. Me siento llena de pánico...

—No les diga nada —aconsejó el joven—. Nosotros nos encargaremos de visitarlas. Gracias por todo, señora Edgell.

Davenport y la muchacha, que no había despegado los labios en ningún momento, abandonaron la casa. Junto al coche, Medora dijo:

—¿Piensa visitar a las otras dos. Edson?

—Desde luego. Y ahora mismo —respondió él.

Las otras dos entrevistadas eran también jóvenes y muy atractivas, aunque resultó evidente que rondaban los treinta años. Lilian Voss se mostró muy amedrentada, tanto o más que Sara Edgell.

—¿Han sido amenazadas? —preguntó Medora, después de su conversación con Lilian.

—Quizá, aunque, ¿con qué motivo?

—Para que callen lo del chantaje, claro.

—Puede ser un buen motivo, en efecto. Se lo preguntaremos a la última de la lista.

Era Carla Rhenner, una espléndida morena, de cuerpo rebosante de

atractivos y frondosa cabellera negra. Sorprendentemente, Carla apareció escéptica, casi burlona.

—A mi no me hicieron chantaje —declaró.

—¿Por qué? ¿Algún trato especial? —preguntó el joven, intrigado.

—No. Cuando me enseñó las primeras fotografías, empecé a quitarme la ropa. «Toma más placas —le dije—. Quizá las envíe a alguna revista y consiga así unos cientos de dólares.» —Carla rió con fuerza—. Tendrían que haber visto la cara que puso aquel granuja.

—Pero usted... Su esposo...

—Soy divorciada.

—¿No lo sabía Van Sbräna?

—Cuando empezó la cosa, mi marido y yo nos habíamos divorciado secretamente. Había intereses económicos de por medio, ¿comprende?

—Y Van Sbräna se enteró demasiado tarde.

Carla volvió a reír.

—Nunca olvidaré la expresión. Se puso como loco y quiso pegarme. Pero yo le solté un par de bofetadas que le hicieron dar dos vueltas sobre sí mismo. Y ahí acabó la cosa.

—¿Le hizo bailar? Era un hombre robusto, creo...

—Oh, no, pura fachada. Él lo sabía y no intentó replicarme, porque le habría dado una buena paliza. Apariencia nada más, ¿saben?

Davenport cambió una mirada con Medora. Era un detalle inesperado, pensó el joven.

—Señora Rhenner, ¿qué piensa usted de las aficiones... vampiresas de Van Sbräna?

—Sí, las tenia..., pero no buscaba sangre, sino dinero. ¿Lo entiendes ahora?

Davenport se echó a reír.

—Muy revelador —comentó—. Gracias por todo, señora Rhenner.

Volvieron a la calle. Medora se sentía perpleja.

—Nunca me hubiera imaginado que Justin fuese un hombre de poca fuerza física —dijo—. Si parecía tan robusto, tan fornido...

—Tendría agua en los músculos. Pero, me parece. Carla sabe muy bien lo que se dice.

—Sí. Y entonces, hemos de deducir que no fue él quien asesinó a Dinah Kent.

—¿Por qué?

—Después de que él le golpeó, el atacante le transformó en brazos hasta el callejón. Usted pesa... unos ochenta kilos...

—Setenta y seis —puntualizó él.

—Es lo mismo. Se necesita mucha fuerza física para llevar en brazos a una persona. Por tanto, él no puede hacerlo... aunque sí un ayudante. Pero, ¿quién, Edson?

—Lo siento. Es una pregunta que no sé cómo responder. Al menos, en

estos momentos. Mañana... tal vez.

—¿Qué es lo que piensa hacer? —preguntó ella.

Davenport prefirió eludir la contestación.

—Se lo contaré cuando esté hecho —dijo

Porque aquella noche pensaba volver a Los Alerces y entrar como fuese para conversar con Kate Dawson.

CAPITULO IX

Detuvo el coche a una distancia prudencial de Ía verja y apagó los faros. Luego esperó casi una hora, por si el ruido del motor o las luces del automóvil habían sido percibidos desde la casa. Cuando estuvo seguro de que nadie se había apercibido de su presencia, abrió la portezuela y se apeó.

Ya tenía prevenido el gato del coche. Con la máquina en la mano, caminó hasta la verja, distante unos trescientos metros, y eligió dos de los barrotes, relativamente cercanos a la cancela.

La verja tenía un defecto, pensó, mientras manejaba el gato. Carecía de una barra transversal, situada a la mitad de la altura. Por tanto, desde el borde de la tapia de piedra hasta la barra que unía los hierros, justo casi al pie de la punta de lanza, había más de tres metros.

El gato separó dos de los barrotes sin demasiadas dificultades, dejando un hueco de más de medio metro de anchura. Davenport dejó el gato en el suelo, alargó las manos, agarró dos de los hierros y se puso en pie sobre el borde de la tapia de mampostería. Saltar al suelo herboso que había al otro lado fue la fase menos dificultosa de la operación.

La ¡una asomó de repente entre dos nubes que se separa han. Su resplandor iluminó dos sombras que galopaban silenciosamente hacia el intruso.

Davenport aguardó a pie firme. Había llegado el momento de comprobar el efecto de los petardos chinos. Los canes se detuvieron recelosos a unos pasos de distancia. Davenport sabía que le reconocerían por el olor.

Enseñaban los dientes. Davenport movió la mano, como si les fuese a arrojar algo. Las bestias volvieron grupas y huyeron a toda velocidad.

El joven sonrió, mientras avanzaba por el césped para que su silueta no se recortase contra el fondo más claro del sendero enarenado. Lo difícil venía ahora. ¿Dónde dormía Kate?

Procuró rememorar la distribución de la casa. Kate ten dría su habitación en la parte trasera, no lejos de la cocina. Había sin duda una puerta posterior, calculó.

Avivó el paso. Diez minutos más tarde, encontraba la puerta trasera. Cuando alargaba la mano para ver si podía abrirla, alguien lo hizo desde el interior.

—Le aguardaba, señor Davenport —sonó la voz de Kate.

El joven contuvo un estremecimiento.

—¿Adivina el pensamiento? —preguntó.

—Ya me lo dijo otra vez. Presentía su llegada, eso es todo. ¿No quiere pasar?

—¿Qué hace la señorita McBorough? —quiso saber él, receloso.

—Duerme, no se preocupe.

Kate agarró su mano y le condujo hasta un dormitorio, cuyas ventanas estaban cubiertas por espesas cortinas. Encendió la luz y le indicó una silla.

—Siéntese, le serviré una copa —dijo.
—Kate, he venido a hablar con usted...
—Cualquiera lo advertiría en seguida, ¿verdad? —atajó ella sarcásticamente. Le entregó la copa—. Beba, es del bueno.
Davenport tomó un par de sorbos. Kate se sentó frente a él, con las manos en el regazo.
El joven se sentía incómodo, a! ver aquellos blancos globos que parecían fijos en su rostro. En los labios de Kate flotaba una sonrisa indefinible.
—Está preguntándose qué pasó con mi vista.
—Sí, aunque no me gustaría...
—Lo hizo ella.
—¿Beryl?
—Así es. Intencionadamente.
—No puedo creerlo, Kate.
—Lo crea o no, ella me arrojó el ácido a los ojos.
—Pero, ¿por qué?
—Siempre fue perversa, mala hasta el tuétano de los huesos... Tenía quince años cuando sucedió y yo diez más. Se había encaprichado del jardinero, un hombre joven, apuesto y muy trabajador. Era mi prometido. El la rechazó y Beryl, un día, aprovechó que estaba dormida .y fue a mi cama. Me llamó, abrí los ojos y antes de que pudiera detenerme, vertió el ácido.
Davenport se estremeció de horror.
—¿Qué pasó después?
—Beryl lo negó, por supuesto. Dijo que había sido un descuido mío.
—¿Y aceptaron su versión?
—Su padre le concedía todos los caprichos. Creía ciegamente cualquier disparate que ella le contase.
—Entonces, no hubo nada que hacer.
—En efecto.
—Y usted, ¿siguió aquí?
—Sí. Mi prometido... fue a parar a ¡a cárcel.
—¿Hizo algo grave?
—El padre de Beryl apareció con la cabeza abierta. Ella lo acusó del crimen. Lo condenaron a veinticinco años. Está próximo a salir; le han rebajado más de diez años por buena conducta.
—Parece mentira que una mujer pueda ser tan malvada —observó Davenport, estremecido de horror.
—Es el diablo en persona, aunque usted piense que es una mujer de todas prendas. No se acerque a ella; podría resultar muy peligroso.
—Después de lo que me ha dicho, no me cabe la menor duda..., porque incluso me atrevo a pensar que fue ella la que asesinó a su propio padre,
—Exacto. Beryl lo mató.
—¿Por qué?
—El señor McBorough, al fin, abrió un día los ojos y se dio cuenta de la

serpiente que había criado. Quiso corregirla... y no resultó.

Davenport sintió un escalofrío. Comparó fechas. Recordó la condena del prometido de Kate.

—Entonces ella lo hizo cuando tenía... poco más de quince años.

—No había cumplido aún los dieciséis. Siempre fue una mujer muy desarrollada, guapa, robusta... Entonces parecía que tuviera cinco o seis más... y la inteligencia de una mujer de cincuenta. Una inteligencia diabólica, absolutamente perversa, se lo aseguro.

—Pero usted ha permanecido todo este tiempo en Los Alerces —alegó el joven.

—No quería ir a parar a un asilo para ciegos. Nací aquí y conozco la casa como la palma de mi mano. Debo decir que el señor McBorough, en el poco tiempo que vivió, se portó maravillosamente conmigo. Incluso me dejó una pequeña renta, como compensación de lo que había hecho su hija.

—Su prometido vendrá pronto, ha dicho antes.

—Está a punto de llegar.

De pronto, Davenport advirtió algo en el acento de la mujer. ¿Esperaba Kate el momento de la venganza?

—¿Qué quiere que haga yo? —preguntó.

—Lo sabrá por sí mismo —respondió ella sibilinamente.

—Pero yo... desconozco...

—«El» está aquí.

Davenport abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Se refiere a...?

Kate afirmó repetidamente con la cabeza.

—Sí, él —insistió.

—¿Vivo?

—En efecto.

—¡Dios santo! No lo puedo creer... ¿Dónde?

—Arriba. Hay una puerta con una cerradura especial y sólo ella tiene la llave.

Davenport reflexionó unos instantes. No podía hacer nada por sí solo, y tampoco, pensó, se atrevía a confiar el secreto a Gardiner, al menos por el momento. Hablaría con Medora, decidió por fin.

—Creo que debo irme —dijo—. Kate, ¿no tiene miedo? —preguntó.

La mujer sonrió, a la vez que extraía de su escote una crucecita de oro.

—No me la quito ni de día ni de noche.

—Sí, es el mejor talismán —admitió Davenport.

De pronto se puso en pie y besó con suavidad la mejilla de Kate.

—Deseo que sea muy feliz con su prometido —murmuró.

—Dios le bendiga por la buena obra que va a hacer, señor —contestó ella.

El joven asintió, fue hacia la puerta y, en el mismo instante, Kate apagó la luz, para que no trascendiera ningún resplandor al exterior. Los perros no dieron señales de vida, lo que le permitió llegar sin dificultades hasta el hueco

abierto en la verja. Pasó al otro lado y con la ayuda del gato, modificado especialmente, hizo que los hierros recobrasen su posición normal.

Un cuarto de hora más tarde, volvía a su habitación del hotel. Se preguntó cómo haría para llegar a la habitación donde se hallaba Van Sbräna. ¿Era preciso creer en las afirmaciones de Medora?

Aunque la hora era ya muy avanzada, se dio cuenta de que no tenía sueño. En pijama, se tendió sobre la cama y encendió un cigarrillo. ¿Qué clase de mujer era Beryl? ¿Cuáles eran sus proyectos?

Lo habría sabido mejor de haber podido ver lo que sucedía en aquellos momentos en la casa que había sido de Van Sbräna.

* * *

La mujer registraba frenéticamente todos los cajones. Tenía los nervios a punto de estallar.

—¿Dónde diablos estarán? —dijo, impaciente y enojada a un tiempo.

—Sigue buscando —aconsejó Carla Rhenner—, No te detengas.

Sara Edgell hizo un gesto de asentimiento. Carla apuró el cigarrillo que estaba fumando y lo dejó en el cenicero.

—Voy afuera —dijo—. Vigilaré para que no nos sorprendan.

—No salen —clamó Sara—. No hay señal...

—¡Sigue! —ordenó la otra imperativamente—. No te desanimes. Tienen que aparecer. Si no las encontramos hoy, volveremos mañana.

Carla abandonó la estancia y se asomó a la puerta delantera. La ciudad estaba en completo silencio. No se veía un alma por las calles.

Luego se fue a la trasera de la casa. Abrió la puerta posterior, asomó la cabeza y entonces sintió unas garras que la sujetaban por el cuello.

Carla se debatió frenéticamente. Con ojos desorbitados, vio una cara muy blanca y un trazo negro horizontal, sobre la boca, deformada por una mueca de infernal satisfacción. Trató de defenderse, pero las manos aumentaron su presión.

De pronto, las garras una fuerte sacudida. Carla sintió un espantoso dolor en el cuello y perdió el conocimiento, ignorante de que la sacudida le había fracturado las vértebras cervicales. Convertida en un montón de ropa, cayó al suelo.

Ignorante de lo ocurrido, Sara continuaba la búsqueda. Inesperadamente, oyó una voz a sus espaldas.

—No encontrarás lo que buscas —dijo alguien.

—¿Así piensas ahora, Carla? —contestó Sara.

—No soy Carla.

Aterrada, Sara se volvió, justo a tiempo para ver algo que brillaba, dirigido a su cuello, en donde sintió un agudo dolor. Una mano le tapó la boca para que no pudiera gritar. La otra aferró uno de sus brazos, manteniéndola en pie.

Sara sintió que algo caliente brotaba con gran potencia de su cuello. «Me

estoy desangrando», pensó.

Sacudió el cuerpo, intentando liberarse de la presión de aquellas manos, pero todo fue inútil. Las imágenes se tornaron gradualmente más borrosas, hasta desaparecer al fin detrás de una silenciosa niebla de color absolutamente negro.

Sara cayó fláccidamente al suelo, sin hacer apenas ruido. Una mano apagó la luz.

* * *

Los ojos de Medora, desmesuradamente abiertos, expresaban así todo el horror que sentía, tras el relato que le había hecho Davenport de su entrevista con Kate.

—¿Puede existir una persona con tanta maldad? —preguntó la joven.

—La historia está llena de ejemplos aún peores —respondió él—. Pero, dejando esto de lado, debo admitir que usted tenía razón. Hasta cierto punto.

—Explíquese, Edson.

—Van Sbräna está en Los Alerces. Ella lo esconde, es evidente. Ignoramos los motivos, aunque podemos suponer razonablemente que está locamente enamorada de él. Particularmente, pienso que están aguardando el desenlace del asunto para poder emerger sin peligro.

—¿Quiere eso decir que no lo maté? —preguntó Medora, desconcertada.

—No.

—Estaba muerto. Yo lo vi. Salía sangre de su pecho.

—Un truco de cine —sonrió Davenport.

—¿Llevaba blindaje bajo la camisa?

—Seguro.

—Pero, tan inmóvil, sin respirar en ningún momento...

—Usted no estuvo mucho tiempo a solas con el cuerpo. En algún instante, volvió la cabeza. Van Sbräna, por otra parte, pudo acomodar su respiración a un ritmo lentísimo e imperceptible. Usted estaba muy excitada; su estado no era normal en aquellos momentos. Le había disparado, vio que caía y dio su muerte por hecha. Gardiner lo creyó así y, además, Sorrell llegó con gran rapidez y confirmó la muerte de la víctima. Ahora bien, ¿por qué simuló el fallecimiento? Tendríamos que preguntárselo a él mismo, ¿no le parece?

—Suponiendo que quiera contestarnos.

—Tendremos que verle —dijo Davenport.

—¿Se atreverá?

—Hemos de hacerlo. El hecho de que el juez Williamson decretase su libertad no significa que el proceso no se pueda volver a abrir en cualquier momento. Es preciso que se sepa que Van Sbräna está vivo, para que usted quede libre de toda sospecha.

—Seguramente, Beryl nos impedirá el paso a Los Alerces —opinó la muchacha.

—Hay una llave infalible —aseguró Davenport—. Una orden del juez en manos del jefe Gardiner.

El joven no pudo seguir hablando. Fuera, en la calle, se había producido de repente cierto alboroto.

Sonaban voces excitadas. Davenport se levantó y fue a la ventana del apartamento de Medora, en donde tenía lugar la conversación.

El puesto de Policía estaba relativamente cercano. Davenport vio a Gardiner que salía precipitadamente y montaba en un «jeep» conducido por Hart. El coche arrancó inmediatamente, con gran estrépito de sirenas.

—¿Qué habrá pasado? —murmuró Medora, situada junto a Davenport.

—Pronto lo sabremos —contestó él.

Y se dirigió hacia la puerta. Medora le siguió sin vacilar.

CAPITULO X

El doctor Warlock salió de la casa con rostro grave. Gardiner le miró anhelante.

—Desangrada —dijo el galeno escuetamente.

Davenport vio un bulto cubierto por una manta, situado ante la puerta posterior de la casa.

—En cuanto a la señora Rhenner, tiene el cuello fracturado. Hay señales de manos en la garganta —añadió Warlock.

Gardiner asintió torpemente.

—¿Qué diablos hacían estas dos locas aquí? —rezongó.

Llegaron unos sanitarios y cargaron el cuerpo inerte de Carla en una camilla, que transportaron luego a una ambulancia. A continuación, entraron en la casa y realizaron la misma operación con el cadáver de Sara Edgell.

Gardiner vio entonces a los dos jóvenes y se acercó a ellos.

—Dos asesinatos más, uno, seguramente, causado por el vampiro —dijo sombríamente.

—Ah, usted también cree en esas historias —contestó Davenport.

—Ya no sé ni qué pensar, abogado. Por todos ¡os diablos, ¿qué buscaban esas mujeres en la casa de Van Sbräna?

—Fotografías, jefe.

Gardiner miró al joven recelosamente.

—Repita eso —pidió.

—Ya lo ha oído. Van Sbräna obtenía fotografías subrepticiamente y luego les hacía chantaje. Puesto que se cree que Van Sbräna está muerto, ahora ellas querían recobrar las fotografías y los negativos.

—¿Quién se lo dijo a usted, señor Davenport?

—Todas lo admitieron —contestó el joven.

—Sin embargo, encuentro extraño que Carla viniese aquí, después de haber declarado que era un asunto que le tenía sin cuidado —intervino Medora.

—Probablemente, quiso ayudar a la otra —supuso el joven.

Gardiner miraba a la pareja alternativamente.

—Me gustaría que fuesen luego a mi oficina. Saben más cosas que nadie y querría hablar con ustedes sin prisas.

—Iremos, jefe —prometió el joven.

—Les espero después del almuerzo —se despidió Gardiner.

Davenport se acarició el mentón pensativamente.

—Sara, desangrada; Carla, con el cuello roto —dijo—. ¿Por qué?

—Está bien claro. Carla montaba la guardia en la puerta. El la sorprendió y le rompió el cuello. Luego entró, atacó a Sara... y sació su sed de sangre —explicó la muchacha.

—Pudo ocurrir como dices, en efecto —convino Davenport—. Pero, aun

así, ¿qué interés pueden tener para él esas fotografías?

—No sé qué decirte —suspiró la muchacha—. Sin embargo, creo que deberíamos empezar a pensar en la forma de entrar en Los Alerces.

Miró fijamente a Davenport y añadió:

—Supongo que ahora ya no tienes la menor duda sobre Van Sbräna. Es un vampiro, Edson.

El joven asintió.

—Parece increíble... pero tiene que ser así, no hay otra explicación posible —contestó.

Agarró el brazo de Medora y echó a andar. Lucía un sol radiante. Los árboles amarilleaban. Era un espectáculo hermoso.

Pero bajo aquel mismo sol, vivía un ser infernal, ávido de la sangre humana. Y era preciso exterminarlo para evitar que siguiera cometiendo más crímenes.

Cuando llegaban al centro, Davenport empujó a la muchacha hacia el hotel.

—Entremos, te invito a una taza de café en el bar —propuso.

Medora accedió sin protestar. El bar del hotel tenía otra entrada, pero ellos llegaban por la puerta principal, situada más cerca, dada la dirección del camino de vuelta. Al entrar en el vestíbulo, divisaron a un hombrecillo de mediana edad, situado ante el mostrador.

—Me alojaré aquí, por supuesto —decía el sujeto—. Por favor, ¿puede indicarme dónde vive el barón Van Sbräna?

El empleado respingó.

—Ese caballero está muerto, señor —respondió.

* * *

Atraído por la curiosidad, Davenport se acercó al desconocido en el momento en que éste mostraba su sorpresa por la respuesta del recepcionista.

—¿Van Sbräna muerto? Lo dudo mucho, amigo mío...

—Perdón —intervino el joven—. He oído nombrar a una persona en la cual tengo cierto interés. ¿Puede decirme por qué busca al barón Van Sbräna?

El hombrecillo escrutó con ojos penetrantes a Davenport.

—Es un asunto privado, señor mío —contestó.

—Temo, caballero, que ese asunto sea menos privado de lo que usted se imagina. Permítame que me presente: Edson Davenport, abogado. Ella es la señorita Medora Falkeyn.

—Soy Sandor Hrádny —dijo el forastero—. Encantado de conocerles, aunque no me explico su intromisión en mis asuntos privados.

—Ella es la que disparó contra Van Sbräna y lo mató —exclamó súbitamente el recepcionista.

Hrádny se sobresaltó.

—¿Usted hizo eso, señorita?

—Sí.

—Con una bala de plata, señor Hrádny —añadió el locuaz empleado.

Hrádny se mordió los labios un instante. Luego se volvió hacia el mostrador.

—Ordene que suban el equipaje a mi habitación —dijo—. Antes de asearme, quiero hablar con esta pareja de jóvenes entrometidos... que ignoran los graves peligros que están corriendo.

—No los ignoramos, señor Hrádny; al contrario, somos conscientes de ello —sonrió Davenport—. Pero puesto que vamos a conversar sobre el tema, lo haremos mucho mejor en una mesa del bar del hotel.

—Acepto encantado —sonrió el hombrecillo.

Un camarero trajo café momentos después. Hrádny se repantigó en su sillón, mientras encendía una vieja y apestosa pipa. Cuando vio que el tabaco tiraba satisfactoriamente, empezó a hablar.

—Soy médico, aunque no ejerzo desde hace algunos años —manifestó—. Sin embargo, sé que hay fenómenos que no tienen una explicación puramente científica. El caso de Van Sbräna es uno de ellos.

—Usted sabía que estaba aquí, en Green Oaks —dijo el joven—, ¿A qué ha venido, doctor?

—Hace muchos años que le persigo. Él lo sabe y siempre me daba esquinazo. Consiguió despistarme en todas las ocasiones, menos ahora. Por fin creo haberle dado alcance —respondió Hrádny.

—¿Por qué le persigue usted, doctor? —preguntó Medora.

Hrádny miró fijamente a la muchacha.

—Mi querida señorita Falkeyn, hubo un tiempo en que yo era un hombre feliz. Estaba casado con una mujer tan hermosa como usted. Sí, ya sé que mi físico no es precisamente arrebatador, pero mi esposa no se casó conmigo por mi apostura. Me amaba intensamente y no le importó que fuese bajito y desgarbado. Y yo la amé con todas mis fuerzas, como jamás volveré a amar a nadie en esta vida.

«Nuestra existencia era un paraíso, hasta que apareció la serpiente, en la figura de Van Sbräna. Éramos compatriotas, exiliados al final de la guerra. Le acogimos como a un hermano. Y nos traicionó. Mi mujer sucumbió a sus encantos... pero no fue eso lo peor. Demasiado tarde descubrí la verdadera condición de ese ser infernal. Y cuando lo supe y él se enteró de que yo lo había descubierto, huyó... dejando a mi esposa convertida también en otro vampiro. Amigos, tuve que matar a la mujer a quien amaba más que a mí mismo y le clavé una estaca en el corazón.

Hubo un momento de silencio. Davenport tenía la boca abierta. El hombrecillo hablaba con absoluta seriedad. No parecía que estuviese burlándose de ellos.

Medora tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Yo tuve que hacer lo mismo con mi hermana —declaró.

—¿También...? —murmuró Hrádny.

Incapaz de hablar, Medora se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—Siga, doctor —solicitó el joven—. Van Sbräna se le escapó...

—Hace ya más de veinte años. De no haber sido por ciertas noticias, no habría dado con su paradero.

—Un momento, doctor —dijo Davenport—. Usted, supongo, se enteró de que Van Sbräna estaba aquí. Pero tuvo que leer la noticia de su muerte.

—En efecto.

—Entonces, si ya sabía que estaba muerto, ¿por qué molestarse en venir aquí?

Hrádny sonrió de un modo especial.

—La señorita disparó contra él y utilizó una bala de plata —dijo.

—Eso es —admitió Medora.

—Pero no murió.

—No. Escapó del ataúd, posiblemente antes de que lo enterrasen.

—Doctor, yo pienso que Van Sbräna conocía las intenciones de Medora y se puso un chaleco blindado o algo por el estilo bajo la camisa. Luego simuló su muerte...

—Es una hipótesis admisible, aunque no real —contestó Hrádny—. Insisto, Van Sbräna está vivo.

—¿Por qué no murió, doctor? —Inquirió Medora—. Yo misma fundí la bala... Hice seis proyectiles y sólo utilicé uno.

—En verdad, debería haber sido más que suficiente. Pero usted cometió un error, mi querida señorita. Yo lo supe al conocer la noticia.

—¿Qué error? —preguntó Davenport, profundamente interesado.

—Señorita, ¿de dónde sacó usted la plata para fundir los proyectiles?

Medora parpadeó.

—Hice lo que cualquiera habría hecho en mi situación y conociese el modo de exterminar a un ser diabólico —contestó—. Tomé unas monedas de plata, las fundí...

Hrádny extendió el brazo con ademán triunfal.

—¡Ahí está el error! —exclamó—. En la plata utilizada para fundir las balas.

Davenport emitió un bufido.

—Ahora va a resultar que las balas de plata contra los vampiros son una fábula —dijo.

—Mis queridos amigos, cuando se utiliza una bala contra un vampiro, tiene que ser de plata pura —dijo Hrádny, recalcando mucho las dos últimas palabras.

Davenport saltó en su asiento al comprender la verdad.

—La plata de las monedas no es pura —exclamó.

—Justamente. Tiene, según los casos, una aleación de cobre no inferior al diez por ciento, a fin de conferir dureza a la moneda acuñada. Por tanto, la señorita pudo herir a Van Sbräna, pero no consiguió que muriese.

Medora se tapó la cara con las manos.

—Eso explica que esté aún vivo... y que siga cometiendo crímenes —dijo, terriblemente afligida.

—En parte, si —convino Hrádny—. Indudablemente, tuvo que sentirse muy mal; a fin de cuentas, había penetrado plata en su cuerpo. Pero la impureza del metal con que estaba hecha ¡a bala, impidió su muerte. Por tanto, está en alguna parte, reponiéndose de su herida.

—Yo sé dónde está —dijo el joven pensativamente—. Sin embargo, lo difícil será llegar hasta él.

—Si me indica su escondite, yo me encargaré del resto —aseguró el hombrecillo.

—Eso es algo que discutiremos más tarde, doctor. Ahora nos gustaría saber cómo pudo llegar Van Sbräna hasta este país.

—Ya le dije que la guerra nos aventó... y no fuimos los únicos, claro. Pero Justin tiene una existencia de cientos de años. Ha sobrevivido a las guerras, a las catástrofes... Sin embargo, ha llegado ya su fin.

—Doctor, si Van Sbräna es un vampiro, si vive desde hace siglos, habrá transmitido su «enfermedad» a millares de personas, las cuales a su vez, habrán servido de vehículo de propagación en otros seres humanos. En tal caso, debe de haber no miles, sino cientos de miles de vampiros.

—No —contradijo Hrádny—, Si lo tomamos como enfermedad, es mucho menos contagiosa de lo que se cree en base a las leyendas divulgadas sobre el tema de los vampiros. Tiene mucho que ver con el carácter psicosomático del individuo, no importa su sexo. Es decir son muchos más los resistentes que los propensos al contagio.

—A pesar de todo, debe de haber bastantes vampiros...

—La civilización moderna los está exterminando... del mismo modo que ha exterminado a otras especies animales. Puedo asegurar que Van Sbräna es uno de los últimos, si no el último. Pero, aun así, necesita sangre, incluso si su víctima muere sin más y no queda convertida en un vampiro.

—A mi hermana si la «contagió» —dijo Medora tristemente.

—Tenía propensión natural —respondió Hrádny—, No lamente lo que tuvo que hacer. Yo lo hice también con mi esposa y sé que ella me lo agradeció desde lo más profundo de su corazón.

Medora volvió los ojos hacia el joven.

—Y bien, Edson, ¿qué hacemos ahora?

Davenport continuó con su aire reflexivo y preocupado.

—Estaba pensando en el ataúd que desapareció —contestó.

—Te dije que donde estuviera el ataúd, estaría Van Sbräna —le recordó Medora—. Y ahora ya sabemos dónde está el vampiro.

—Ella tiene razón. Van Sbräna necesita su ataúd para permanecer en él durante el día —aseguró Hrádny.

—En tal caso, no tenemos otro remedio que ir a Los Alerces —decidió Davenport.

CAPITULO XI

Gardiner escuchó en silencio todo lo que le contaron sus visitantes. Davenport fue el último en hablar.

—Supongo que usted se mostrará reticente y que no acaba de creer en todo lo que le hemos contado —dijo.

Gardiner exhaló una sarcástica carcajada.

—Después de todo lo que ha pasado, estoy dispuesto a creer incluso que las vacas vuelan —contestó—. Lo que ha sucedido en Green Oaks no es natural. Hay cosas que escapan a mi comprensión, aunque estoy dispuesto a terminar con el pánico que reina en el vecindario.

—Jefe, quiero hacerle algunas preguntas —manifestó el joven—. Anoche sostuve una larga conversación con cierta persona y me enteré de cosas que desconocía. Usted debe de saberlo, porque lleva tiempo en la población.

—Supongo —dijo Gardiner—. ¿De qué se trata, abogado?

—¿Es cierto que Beryl McBorough mató a su padre cuando aún no había cumplido los quince años?

Gardiner se removió inquieto en su sillón.

—Yo era entonces un simple policía recién ingresado —respondió—. No intervine para nada en el caso; el jefe consideró que mi inexperiencia podría llegar a resultar contraproducente.

—Deseo saber su opinión —dijo Davenport.

—Bueno... oficialmente lo hizo Lester Garth, el novio de Kate. No pudo probar una coartada, si es eso lo que quiere saber.

Gardiner se pasó una mano por la boca.

—Pero yo siempre he creído qué lo hizo ella —agregó repentinamente.

—¿Por qué? —inquirió Medora, adelantando el busto.

—Beryl fue siempre una chica mala. La expulsaron de unos cuantos colegios. Golpeaba a sus condiscípulas y, si se terciaba, también a los profesores. Además... tenía ideas muy precoces en el aspecto sexual...

—¿Sólo ideas? —Preguntó Hrádny sarcásticamente—, ¿Nada de prácticas?

—Hombre, eso se da por entendido... Una vez cogió el coche de su padre, esperó a un joven que se había burlado de ella y estuvo a punto de matarlo de un topetazo con el morro del vehículo. El padre de Beryl tuvo que gastarse un montón de dinero en tapar el asunto, pero entonces fue cuando quiso corregir a la muchacha.

—Y ella lo mató —dijo Davenport.

—Nunca se pudo demostrar. Fue siempre muy lista. Lo hizo bien, de modo que Garth resultó acusado, juzgado y sentenciado.

Medora se volvió hacia el joven.

—Edson, ¿tiene esto algo que ver con la estancia de Van Sbräna en Los Alerces?

—Quizá sí, más de lo que nos imaginamos.

—Pero yo no puedo ir allí y detener a Beryl por algo que no ha hecho. Y menos todavía, por la muerte de su padre, un caso cerrado por la condena de Garth —dijo Gardiner.

—Jefe, nosotros no le pedimos que vaya allí por la muerte del señor McBorough, sino por la estancia de Van Sbräna en aquella casa. Usted debe tener en cuenta la situación de mi cliente. Ella admitió haber disparado contra Van Sbräna. Se le dio oficialmente por muerto. Pero ahora resulta que está vivo. Es un caso que debe ser esclarecido —alegó Davenport.

—Si —admitió el policía cansadamente—. Debemos hacerlo... pero, cuando hayamos encontrado a Van Sbräna, vivo, según parece, ¿qué haremos después?

—¿Por qué no deja que yo me encargue del asunto? — solicitó Hrádny suavemente.

Gardiner miró al hombrecillo.

—¿Cuál es su idea, doctor?

—La señorita Medora cometió un error al disparar contra Van Sbräna —contestó el interpelado—. Yo lo corregiré.

—¿Cómo? —preguntó Davenport.

—Las balas que he preparado son de plata purísima.

Davenport contuvo el aliento. Gardiner se pasó una mano por la cara sudorosa.

—No siento el menor deseo de ir a Los Alerces..., pero se han cometido varias muertes misteriosas y mi deber es detener al asesino, sea quien sea —dijo—. Doctor, si traigo a Van Sbräna arrestado, ¿cómo podré mantenerle en una celda, sin temor a que se escape?

—Van Sbräna no se dejará arrestar —respondió Hrádny.

Davenport se estremeció.

El fin del vampiro estaba próximo. Llegaría cuando su cuerpo recibiese el impacto de una buena bala de plata.

—Plata pura —murmuró.

Era la única solución.

* * *

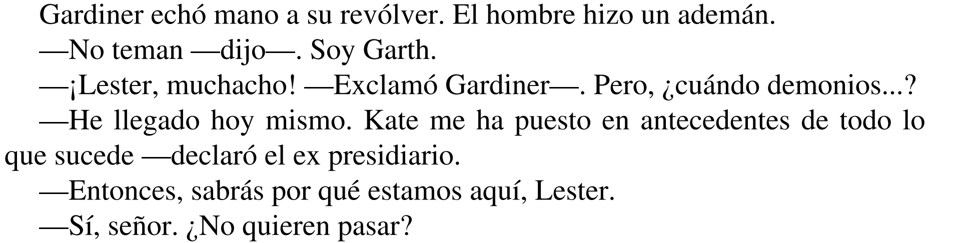
Llegaron a Los Alerces cuando ya era de noche cerrada. En el cielo se veían brillar a veces los cárdenos fogonazos de los relámpagos. De cuando en cuando, caían gruesos goterones de lluvia.

Davenport fue el primero en apearse.

—Yo me cuidaré de los perros —dijo.

Avanzó unos pasos y entonces, sorprendido, vio que las dos hojas de la cancela giraban suavemente, abriéndose en silencio.

Una oscura silueta se destacó de la columna de piedra más cercana. Davenport retrocedió, impresionado.



Gardiner echó mano a su revólver. El hombre hizo un ademán.

—No teman —dijo—. Soy Garth.

—¡Lester, muchacho! —Exclamó Gardiner—. Pero, ¿cuándo demonios...?

—He llegado hoy mismo. Kate me ha puesto en antecedentes de todo lo que sucede —declaró el ex presidiario.

—Entonces, sabrás por qué estamos aquí, Lester.

—Sí, señor. ¿No quieren pasar?

—Los perros... —dijo Davenport.

—Están dormidos. Han comido carne narcotizada.

—Beryl dijo que sólo comían de su mano.

En la oscuridad, brillaron los dientes de Garth.

—Y ella misma les ha dado la comida, pero Kate había puesto ya el narcótico —contestó.

—Muy bien, siendo así, debemos pasar...

Davenport interrumpió al jefe de Policía.

—¡Un momento, por favor!

Todos se volvieron a mirarle. Davenport, por su parte, tenía la vista fija en el hombre que había salido de la cárcel aquel mismo día.

—Lester —continuó—, sospecho sus intenciones, pero debo hacerle una advertencia. Hemos venido a hacer que se cumpla la ley. No interfiera las acciones del jefe Gardiner.

—Ha pasado quince años entre cuatro paredes —contestó Garth rígidamente—. Han sido quince años de infierno...

—La ley tiene previstas soluciones para casos como el tuyo, muchacho —dijo Gardiner.

—Sí, después de salir de la cárcel, ¿verdad?

Davenport puso una mano en el hombro, de Garth.

—Lester, usted no ha cumplido aún su condena. Está en libertad condicional. Pueden revocársela, no lo olvide.

—El señor Davenport es abogado y sabe lo que se dice —añadió Gardiner.

—Está bien —Garth pareció calmarse un tanto—. A fin de cuentas, si lo van a hacer ustedes, tanto da...

—No sólo se va a dilucidar aquí la muerte de que te acusaron injustamente, Lester. Se han cometido otros asesinatos y queremos capturar al criminal.

Garth se echó a un lado.

—Pasen —invitó.

Davenport se emparejó con Garth.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—Subió a la habitación cerrada con llave después de cenar. Dijo que no la molestásemos para nada. Kate oyó que cerraba por dentro. Eso es todo lo que sé, señor.

—Muy bien. Es lo mejor que podía suceder.

Caminaron en silencio. Al fondo, se veía la casa, negra, con algunos cuadrados de luz amarilla. Uno de ellos, sin embargo, resultaba apenas

visible. Garth lo señaló.

—Es aquella habitación. Tienen echadas las cortinas.

Minutos después, llegaban a la casa. Davenport distinguió dos sombras inmóviles a pocos pasos de la entrada.

Los canes dormían apaciblemente. Era un consuelo; a él le temían, pero no podía estar seguro de haber podido dominarles, acompañado de tanta gente.

La puerta se abrió y la silueta de Kate apareció en el umbral, recortándose contra el fondo iluminado del vestíbulo.

—Kate —dijo el joven.

Ella sonrió.

—Entren —invitó, apartándose a un lado.

Cruzaron el umbral en completo silencio. Arriba tampoco se percibía el menor sonido.

—¿Sigue allí? —preguntó Davenport.

—Sí —respondió Kate.

Davenport se volvió hacia Gardiner.

—No sé cómo vamos a poder entrar. La puerta es muy sólida y tiene una cerradura especial...

—No es invulnerable —dijo Kate.

En la mano tenía algo que brillaba. Davenport lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Por Dios! ¿Cómo lo ha conseguido?

—Ella tiene que bañarse. Se desnuda y se quita todo lo que lleva encima. Yo suelo estar en el cuarto de baño. Entonces, un día, aproveché para tomar un molde en cera de la llave —explicó la sirvienta.

Davenport la miró recelosamente. La ceguera de Kate había desarrollado extraordinariamente sus otros sentidos, pero aquello le parecía demasiado. ¿Cómo había podido localizar una llave, con el cordón que la permitía llevarla colgada del cuello, en un cuarto de baño, en donde, por lo menos, se oirían de continuo los ruidos del agua de la bañera?

Ella adivinó sus pensamientos.

—Hace años que la ayudo a bañarse. Sé dónde deja cada una de las cosas que lleva sobre su cuerpo —explicó.

Davenport asintió a la vez que hacía saltar la llave en la palma de la mano.

—Está bien, no perdamos más tiempo. Vamos allá —dijo.

Momentos después, llegaban a la puerta del cuarto misterioso. Introdujo la llave con todo cuidado y la hizo girar muy despacio, a fin de evitar el menor sonido. Luego abrió y entonces él y todos los que le acompañaban pudieron presenciar una escena asombrosa.

CAPITULO XII

La habitación era grande, espaciosa, y estaba alumbrada por dos grandes cirios verdosos, que despedían un aroma extraño y turbador. Van Sbräna, vestido, se hallaba tendido en el monumental lecho situado al fondo, frente a la puerta. Beryl, apenas vestida, estaba a su lado, abrazándole cariñosamente, acariciándole con mimo, como si quisiera halagar su amor propio masculino.

A la izquierda de la cama, a unos pasos de distancia, se hallaba el ataúd, sobre un par de caballetes bajos, con la tapa abierta. Davenport comprendió en el acto la utilidad del féretro. Van Sbräna debía ocuparlo durante las horas diurnas; sólo al llegar la noche pasaba a la cama.

—Tienes que hacerlo, querido —decía Beryl, suplicante, con voz llena de insinuaciones—. Me igualaré a ti; viviremos los dos cientos de años, unidos siempre en nuestro amor... Hazlo, querido, hazlo...

Davenport se preguntó qué solicitaba Beryl con tanto ardor. El vampiro, por otra parte, no parecía hallarse en buenas condiciones físicas. Tenía los ojos entrecerrados y su rostro se veía amarillento.

—No insistas —contestó torpemente—. No lo conseguirás, Beryl.

—Pero, ¿por qué? Necesitabas sangre para reponerte; te la he traído...

—Debía conseguirla por mí mismo, sin ayuda extraña. Lo que hiciste no sirvió de nada. Fueron unos crímenes estúpidos, innecesarios...

—¡Ellas tenían que morir! —gritó Beryl rabiosamente—. Falta una, pero también morirá. No te quiero compartir con nadie, ¿me oyes?

—¿Puedes decir lo mismo de Thames?

—Ese miserable me pidió dinero... No podía seguir con vida —contestó ella—. Conocía el secreto de vuestras reuniones... ¡Tenía que morir, Justin!

—Beryl, por favor, déjame. Me siento muy cansado. No quiero seguir viviendo. Déjame, te lo ruego.

Ella se abalanzó sobre Van Sbräna, rasgándose con una mano las ropas que cubrían su torso.

—¡Aquí tienes mi cuello! —aulló—. ¡Mi sangre te hará revivir! Tómame, sorbe la sangre que será para ti la vida... y yo también viviré cientos de años, contigo siempre, siempre...

Van Sbräna hizo un gesto con la mano, tratando de apartarla, pero resultaba patente su debilidad, aun teniendo en cuenta que nunca había sido un hombre de grandes fuerzas físicas, pese a su apariencia.

—No... Déjame, déjame...

De repente, se calló, con la mirada fija en la puerta, abierta de par en par. Beryl notó su expresión y volvió la cabeza. Inmediatamente, lanzó un aullido de furia.

—¿Qué hacen aquí? ¡Váyanse inmediatamente! ¡Márchense! ¿Me han oído? Nadie les ha dado permiso para entrar en mi casa.

Davenport avanzó un par de pasos.

—Beryl, tenemos todo el derecho del mundo para estar aquí —declaró serenamente—. El jefe Gardiner trae una orden que le autoriza a entrar en esta casa, acompañado de las personas que estime necesarias para el cumplimiento de su deber.

Lívida, desmelenada, sin darse cuenta de su semidesnudez, Beryl se puso en pie de un salto.

—¿Y qué? —vociferó—. Justin no está muerto. De pronto, ella puede quedar libre, pero, aun así, no les permito que sigan aquí un minuto más.

—Se equivoca, Beryl. Si hemos venido a su casa, ha sido a causa de los crímenes que usted ha cometido.

* * *

Maquinalmente, en silencio, Beryl se cubrió los desnudos senos con el camisón, mientras miraba a los callados espectadores que tenía frente a sí.

—No... no pueden probar nada... —balbució.

—Oh, sí, podremos probarlo —aseguró Davenport—. En alguna parte, encontraremos dos falsos dientes de metal, muy afilados. No era Justin el que atacaba a sus víctimas, sino usted.

—¿Yo? Sólo soy una mujer...

—Con unas fuerzas físicas poco comunes, a pesar de su hermosura. ¿Y si no, cómo se comprende mi «viaje» desde la casa de Justin al callejón, la noche en que murió Dinah Kent? —Davenport señaló el féretro—. ¿Cómo se entendería el traslado de ese ataúd a esta casa, si no se conociera su extraordinaria fortaleza?

»Yo no soy un tipo enclenque, precisamente —continuó el joven—. Aunque una mujer me atacase por sorpresa, podría vencerla sin demasiadas dificultades. Pero eso no me sucedió con usted, cuando me atacó la noche en que mató a la señora Kent. Me derrotó con toda facilidad, lo cual infundió en mi ánimo la idea de que había sido un hombre. Muy fuerte, muy robusto... como yo pensaba que lo sería Van Sbräna. Pero era usted, con el rostro cubierto por una máscara, con un bigote, lo que la hacía aparecer como un hombre, aparte de las ropas que usaba. También encontraremos la máscara, Beryl.

La joven miró a todos lados con ojos agónicos. Davenport se dio cuenta de que ella se sabía descubierta y que sólo pensaba en encontrar la forma de escapar al destino que la aguardaba.

Van Sbräna se irguió de pronto en el lecho.

—¡Sandor! —exclamó.

Hrádny dio un paso hacia adelante.

—Al fin nos encontramos, Justin —dijo.

—Estoy dispuesto a purgar mis crímenes —declaró Van Sbräna sorprendentemente—, Sandor, me siento cansado. He vivido ya muchos años; he matado a demasiada gente. Deseo acabar.

Davenport y los demás se quedaron estupefactos. Ninguno de ellos había esperado semejante comportamiento por parte del vampiro.

—¿Eres sincero, Justin? —preguntó Hrádny.

—Sí. Durante estos días he tenido ocasión de reflexionar mucho. Hasta ahora no había sentido en absoluto las atrocidades que he cometido durante mi existencia. Estaba poseído por el demonio. Lo sabía, pero no me importaba; lo único que quería era vivir, aunque fuese al precio de las vidas de otros seres humanos. Debo morir, para acabar de una vez. Si curase, mis inclinaciones volverían a surgir y mataría de nuevo, para beber sangre ajena e inocente. Sandor, tú sabes cómo hacerlo. ¡Acaba conmigo!

Mientras Beryl parecía estupefacta por la inesperada reacción de Van Sbräna, Medora se sentía llena de perplejidad. ¿Por qué aquel inesperado cambio en aquel ser diabólico?, se preguntó.

Van Sbräna fijó la vista en Medora.

—Aunque no lo supe ver hasta mucho más tarde, fue tu hermana la que me hizo cambiar —continuó—. Era una muchacha pura, llena de bondad... y yo la convertí en un despojo humano, en un ser rebosante de maldad... en una especie de «otro yo». No se merecía aquella suerte y yo lo hice, y aunque no fuese más que por ese crimen, merecería morir mil veces.

—Está loco, no le hagan caso —dijo Beryl desdeñosamente—. La enfermedad le hace decir disparates sin sentido.

—No son disparates —contradijo Hrádny gravemente—. Justin habla con la verdad.

—Doctor, ¿puede un vampiro estar enfermo? —se extrañó Davenport.

—El sí, abogado. La bala que le hirió no resultó mortal, por las impurezas que contenía la plata. Sin embargo, sigue percibiendo todavía los efectos dañinos del metal en su organismo. Naturalmente, puede curarse y, entonces, su naturaleza demoníaca acabaría por imponerse a los sentimientos que ahora ha mostrado.

Davenport sintió un escalofrío. Aquellas palabras eran la sentencia de muerte contra el vampiro. Pero, ¿cómo la iban a ejecutar? ¿Le sujetarían entre todos, mientras el doctor Hrádny le clavaba una estaca en el corazón?

Y, ¿qué harían con Beryl?

De pronto, sintió fijas en su rostro la ardiente mirada de odio que le dirigía la dueña de la casa. Beryl deseaba matar, adivinó. Ya había cometido otras muertes con anterioridad. Estaba enloquecida por el ansia de verse vampirizada, lo que le proporcionaría la seguridad de vivir varios cientos de años, y haría cualquier cosa por conseguirlo.

—Mató a las otras mujeres por celos, para que no pudieran suplantarle en el corazón de Justin —dijo.

Beryl adelantó el torso,

— ¡Sí, por eso lo hice! Y, ¿qué otra cosa querían ellas, sino ser mordidas también por Justin, para alcanzar así una existencia poco menos que infinita? ¿Por qué le buscaban continuamente? ¿Por qué tantos arrumacos y tantas

tonterías? —Se golpeó el pecho—. Pero yo era la única, sólo yo debía ser su mujer...

—¡Cállate! —gritó de pronto Van Sbräna—. Tú no puedes seguir viviendo un minuto más.

Beryl le miró burlonamente.

—¿Me vas a matar tú? —Dijo con acento desdeñoso—. No puedes ni sostener un alfiler en la mano...

Gardiner carraspeó y adelantó un paso.

—Señorita McBorough, siento tener que decirle que está arrestada acusada de varios asesinatos —exclamó—. Le aconsejo no oponga resistencia. Sería peor.

De pronto, Van Sbräna alargó la mano hacia Beryl. En el mismo momento, se oyó un seco estampido.

Hrádny había disparado una pistola, oculta hasta aquel momento. El proyectil alcanzó de lleno a Van Sbräna, quien se desplomó en el acto sobre el lecho.

—Hrádny... ¿con qué me has disparado? —preguntó.

—La bala que tienes dentro del cuerpo es de plata absolutamente pura —contestó Hrádny, en medio de un silencio sepulcral.

Sorprendentemente, Van Sbräna pareció sentirse mucho mejor. Hizo un esfuerzo y consiguió cruzar las manos sobre el pecho. Luego sonrió.

Y entonces ocurrió algo espantoso.

Fue cuestión de segundos.

El cuerpo de Van Sbräna perdió su figura, transformándose en un montón de materia grisácea, que parecía encogerse y disminuir de volumen con prodigiosa rapidez. Antes de que hubiera transcurrido un minuto, sólo quedaba en la cama una delgadísima capa de cenizas grises, con los vagos contornos de una persona, sin que en ella se apreciara el menor rasgo fisonómico del hombre que había sido hasta aquellos momentos.

Bruscamente sonó un alarido aterrador.

Beryl pareció acometida por una indescriptible explosión de locura. Ciega, frenéticamente, se lanzó hacia adelante, atropellando a todos cuantos se interponían a su paso. Gardiner era un hombre recio, voluminoso, pero resultó lanzado a un lado como una simple hoja seca.

Los alaridos se alejaron con Beryl. Davenport reaccionó:

—¡Vamos, jefe; hemos de alcanzarla! —gritó.

Gardiner se repuso y salió tras el joven. Beryl había alcanzado ya la base de la escalera y cruzaba el vestíbulo. Llegó a la puerta, la abrió de golpe y se precipitó en las tinieblas exteriores.

Inesperadamente, sonaron unos feroces rugidos. Los gritos de Beryl se hicieron más penetrantes. Ahora ya no expresaban furia, sino dolor,

—¡Le atacan sus propios perros! —gritó Gardiner.

Los aullidos de los canes se confundían con el espeluznante sonido de sus dentelladas y los horripilantes gritos que emitía Beryl. De repente, algo cortó

la voz de la joven y Davenport presintió que unos colmillos se habían cerrado sobre su garganta.

Valerosamente, el jefe Gardiner salió fuera de la casa. Davenport oyó varios estampidos, mezclados con lamentos caninos. Sonaron dos disparos más y volvió el completo silencio.

Davenport permanecía en uno de los peldaños bajos, sin atreverse a dar un paso más. A los pocos momentos, Gardiner se hizo nuevamente visible.

Estaba abatido, terriblemente impresionado. El revólver pendía de la mano caída a lo largo del costado.

—Sus propios perros la han destrozado —dijo.

—¿Por qué? ¿Por qué la atacaron los animales a los que ella había criado personalmente?

—Salió huyendo escandalosamente —sonó la voz de Garth a espaldas del joven—. Los perros debían haber despenado ya y se asustaron. Cuando una fiera se asusta, ataca para defenderse de lo que estima un peligro, sin tener en cuenta otras consideraciones.

Gardiner hizo una profunda inspiración.

—Lester, busque una manta —pidió—. Hay que cubrir ese cuerpo hasta que venga el forense.

—Sí, señor —contestó Garth.

—Habrá que explicar lo que pasó con Van Sbräna —añadió Gardiner—. Pero ¿quién nos creerá?

Gardiner respingó.

—Es la mejor solución —convino Davenport—. Todos nosotros guardaremos silencio sobre lo que ha ocurrido aquí esta noche. ¿No es verdad, Medora?

—Por mi parte, no hay inconveniente —dijo la muchacha.

—Lester y yo no diremos nada jamás —aseguró Kate.

Davenport estudió un momento el rostro de la sirvienta. Durante años, con infinita paciencia, Kate había esperado el momento de su desquite. Lo había conseguido al fin, poniendo para ello su granito de arena. Una mujer perversa había dejado de existir y pagado sus crímenes con una muerte atroz, pensó. Beryl deseaba vivir cientos de años y apenas si había vivido un tercio de siglo,

Garth cruzó el vestíbulo con una manta en las manos y volvió a entrar a los pocos momentos. Se acercó a Kate y tomó sus manos.

—Estamos juntos para siempre —dijo.

—Sí, querido —contestó ella con infinita ternura.

Davenport se volvió hacia Hrádny.

—Preparó su bala con antelación —adivinó.

El médico asintió.

—Tengo más balas de plata pura —contestó—. Hay todavía más vampiros, no muchos, pero sí los suficientes para dañar a las gentes pacíficas y honestas. Seguiré buscándolos, mientras tenga un soplo de vida.

Descendió la escalera, atravesó la puerta y se perdió en las sombras de la noche.

Davenport se acercó a la muchacha.

—Creo que puedes considerarte libre de todo problema —dijo.

Medora sonrió.

—Estoy de acuerdo contigo, Edson.

—¿Tienes planes de, digamos, próxima ejecución?

—No, ninguno.

—Pero, sin duda, desearás olvidar !o que ha sucedido estos días.

—Eso sí es verdad, Edson.

Davenport se acarició la mandíbula.

—Yo podría proponerte un plan para iniciar una nueva vida a partir de ahora. Pero quizá no aceptes...

—Todavía no has dicho en qué consiste el plan —sonrió Medora.

—Bueno, lo primero de todo sería dejar Green Oaks, es decir, apenas terminemos los inevitables trámites legales. Luego..., ¿tienes algún sitio donde dirigirte?

—En Nueva York tengo una casa. Mi padre dejó otra en Boston, de donde tú viniste.

—Puedes volver a la casa de Boston. Nos veríamos a diario.

—Eso empieza a gustarme, Edson —declaró ella.

Davenport la agarró por un brazo.

—Jefe Gardiner, ¿has avisado a su gente? —preguntó.

—Sí, desde luego —contestó el interpelado.

—Si no nos necesita, desearíamos volver a Green Oaks.

—Por supuesto, abogado.

—Gracias, jefe.

Davenport se acercó a Kate y a Garth, que permanecían juntos.

—No sé cómo darles las gracias —dijo—. Pero nos han ayudado muchísimo.

—Sobre todo Kate —rió Garth.

El joven asintió. Acercándose a la mujer, besó su mejilla.

—Le deseo toda Ía felicidad del mundo —se despidió.

Luego agarró de nuevo el brazo de la muchacha.

—Saldremos por la puerta posterior —dijo.

Medora comprendió el sentido de aquella frase.

—Sí, es una buena idea —contestó.

Cruzaron el umbral. La luna asomó en aquel instante a través de un rasgón de las nubes y derramó una catarata de luz plateada sobre el suelo. A Davenport le pareció un buen presagio, un anuncio de días felices, que le haría olvidar los horrores que habían padecido hasta aquellos momentos.

FIN